


# SILVER KANE

# LOS MONSTRUOS BUSCAN LA NIEBLA


COLECCION
LA HUELLA
eb

SILVER KANE

# LOS MONSTRUOS BUSCAN LA NIEBLA

Colección LA HUELLA n.° 29
Publicación quincenal
Aparece los lunes




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 10.964 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1975



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

# CAPÍTULO PRIMERO

## LA CASA DE LA HUELLA ROJA

El hombre gritó bruscamente, al abrir la puerta:

—¡Nooooo…!

Sus ojos se desencajaron…

Sus manos hicieron un brusco, un terrible esfuerzo, para cerrar de nuevo. Movió las piernas para saltar.

Pero ya no pudo. No tuvo tiempo ni siquiera de lanzar un nuevo grito. La pistola, una vieja «Roth Steyr» de 8 milímetros, que cargaba cartuchos especiales y estaba en perfecto funcionamiento, disparó tres veces al centro del cuerpo. Se oyeron apenas, tres taponazos. La pistola podía ser antigua, aunque eficaz, pero el silenciador acoplado al cañón era nuevo y demostró ser de la mejor clase. En los despachos que había apenas a veinticinco metros, nadie oyó absolutamente nada.

El hombre cayó.

De sus tres heridas apenas brotaba sangre, pese a que dos de las balas le habían alcanzado en el centro del corazón. Su asesino lo alzó en brazos, evitó que rodara por la lujosa alfombra y avanzó con él hacia el centro del despacho, después de cerrar la puerta de un puntapié. No pudo evitar, con el gesto brusco, que una pesada figura de cristal de Murano cayese al suelo y se rompiera en parte. Pero ése era un detalle que de momento no tenía la menor importancia para él.

Introdujo el cadáver en el cuarto de baño adjunto al despacho y luego paseó la mirada en torno suyo. Había allí gruesas alfombras, buenos sillones, buenos muebles de obrada madera de nogal. Un

suave aroma a tabaco inglés flotaba por encima de aquel ambiente escogido. Al fondo, en una gran estantería, se alineaban obras de Derecho escritas por meticulosos e incansables autores italianos. Desde la ventana se divisaban muy abajo, como en una fantástica pintura del siglo XVII, los tejados de la vieja Roma.

Como aún no se habían encendido las luces ni los anuncios, todo aquello causaba un fantástico efecto a la luz dulce del atardecer. Pero el hombre que acababa de cometer un asesinato no se preocupó de semejante efecto escénico. Guardó su «Roth Steyr», que era ya una pieza de museo, porque en sus tiempos fue usada por la caballería austríaca, y se aseguró de que no quedaban manchas de sangre visibles. Luego fue hacia la puerta, la abrió con la mayor tranquilidad y salió de allí como un visitante más.

La placa en aquella puerta decía en italiano:

HONORABLE CARLO GRANZI
FISCAL DE LA REPÚBLICA

El asesino pensó que había tenido suerte al no encontrar en el despacho privado de Granzi a ninguno de sus ayudantes o secretarias. No dejaba de ser algo extraño, en especial en cuanto a las secretarias, pues Granzi tenía buen gusto para las mujeres y sabía rodearse de bellezas italianas que movieran bien las caderas al andar. Pero las cosas habían salido bien al no encontrar a nadie, y el asesino no iba a ser precisamente el primero en lamentarlo. De modo que se unió a la multitud que en aquel momento salía de los diversos despachos, se introdujo en un abarrotado ascensor donde las posaderas de las chicas estaban quietas y las manos de los hombres no, y salió con otras docenas de personas a la Vía Lombardi justo en los momentos en que empezaban a encenderse en la Ciudad Eterna millones de luces. Nadie se fijó en él, y si alguien se fijó le tomó por un empleado más.

A aquella misma hora, otro hombre que ni siquiera conocía al primero, dejó una «pizzeria» del Corso, pegó un buen pellizco a la cajera por debajo de mostrador, se subió un poco las solapas del gabán y empezó a silbar lánguidamente veinticello di Roma. Era un tipo simpático, joven, guapo, de esos que se ganan enseguida la

confianza de la gente. El tipo simpático, joven, guapo, arrugó con desprecio la multa que le habían dejado en el parabrisas por aparcar en lugar prohibido y se introdujo en el magnífico «Ferrari» color escarlata matrícula de Bolonia. Lo de la multa le importaba bien poco, porque en todo caso ya la pagaría el dueño de aquel bólido; el petardo color escarlata era robado. Condujo hasta la famosa Plaza Venecia, dobló hacia la derecha y miró de soslayo el balcón desde el cual Mussolini arengaba a las multitudes muchos años antes. Él no lo había visto, claro, pero se lo habían contado en la cárcel. El joven simpático, joven, guapo, condujo hasta el Trastevere mientras se cercioraba de que nadie le seguía y luego cambió de dirección para ir hacia el aeropuerto de Fiumicino. Pero no llegó hasta allí. Dejó el automóvil junto a una casa de vecindad, materialmente sitiada por viejos «600» y por nuevos «127», y se despidió de él con un gesto porque estaba seguro de que no lo vería más. No todos los días roba uno un «Ferrari» en Bolonia y lo conduce hasta Roma con todos los gastos pagados. No, no ocurre todos los días, y en el fondo es mejor así.

Anduvo cosa de diez minutos, hasta descender por una colina pedregosa que llevaba hasta el Tíber, una de esas gloriosas colinas por las que antaño desfilaron las legiones y que ahora ocupaban las inmobiliarias. A la hora, exacta estaba ante la casa de una sola planta, muy humilde, donde se encontraba estacionado en la semioscuridad un «850» descapotable. Y, también a la hora exacta, la mujer salió de la casa para dirigirse al coche a través de las sombras.

El joven simpático, joven y guapo, extrajo una pistola de uno de los bolsillos de su gabán negro que le hacía confundirse entre las sombras.

La pistola era una magnífica «Strakonitz» checa de nueve milímetros, modelo 1938, y que había sido de ordenanza en el Ejército. También a su cañón había sido acoplado un silenciador de gran clase. El joven se acercó a la mujer, que era de media edad, y le dijo con expresión amistosa:

—Buenas noches, señora.

Por poco le introduce el cañón en la boca.

Ella no se atrevió ni a respirar. Además tampoco hubiera podido, so pena de tragarse el cañón. Estaba materialmente aterrorizada,

viendo cómo el joven abría la portezuela del coche.

—Lo necesito, señora —dijo él, mientras apartaba el cañón un poco—. Ya ve que es bien poca cosa. Pero no chille o juro que la mataré.

Se notaba que no hablaba en broma.

Sus ojos eran fríos e inflexibles.

No palpitaba en ellos el menor sentimiento.

—Para robar un coche no hace falta tanto —se atrevió a musitar ella—. Los hay a montones en las calles. Y algunos con las llaves puestas.

—Es que también la necesito a usted, señora —dijo él con la misma siniestra suavidad.

La mujer se estremeció hasta los huesos.

Pensó que estaba ante un sádico.

Pero ella no era bonita ni demasiado joven, puesto que ya tenía los cuarenta. De todos modos hay locos que las prefieren maduras y que además se ensañan con ellas. Por un instante sintió el irrefrenable deseo de gritar aunque la dejaran seca allí mismo.

Pero el cañón se apoyó en uno de sus párpados. Aquello ya era demasiado. Le horrorizó la simple idea de que el plomo de nueve milímetros se le introdujera por uno de los ojos.

—Vamos, decídase —dijo él—. Quiero que se siente al volante.

La mujer obedeció como hipnotizada. Mientras guiara ella el coche, tendría posibilidad de huir. El desconocido se situó a su lado. Extrajo de su gabán negro un pequeño paquete que depositó en la parte posterior del coche, detrás del asiento, bien oculto por la tapa de la capota y la capota misma. Luego susurró:

—Conduzca.

—Si trata de llevarme a un sitio solitario, le aseguro que…

—No voy a llevarla a un sitio solitario. No se haga ilusiones, hermana. Vamos a Vía Lombardi. Hay allí un rascacielos de reciente construcción. Quiero que me lleve.

La esperanza volvió a brillar en los ojos de la mujer, porque al menos aquél era un sitio habitado. Y tan habitado… Condujo a poca velocidad mientras el cañón del arma se apoyaba en su hígado.

Llegaron a Vía Lombardi cuando ya hacía rato que las luces de la tibia noche romana estaban encendidas.

Prácticamente a aquella misma hora, un hombre dejaba atrás la

puerta del viejo hotel Continental, que está en la Vía Cavour, muy cerca de la Stazione Termini, y se perdía entre los sugestivos porches que conducen a la Piazza della República. En otro tiempo no muy lejano aquél había sido un lugar donde se encontraban chicas apetitosas, complacientes y poco dadas a pedir un millón por una noche. Todo un cierto encanto secreto de la vieja Roma palpitaba allí. Pero ahora no palpitaban más que las voces de unos cuantos invertidos que se perseguían entre los coches mientras cada uno se acordaba del tiñoso padre del otro. El hombre que acababa de salir del hotel Continental pensó que el mundo estaba cambiando mucho, y para su gusto no precisamente en bien. Luego anduvo por entre los alegres bares donde se vendían bocadillos y *pizza*, llegó hasta los cines donde se exhibían en celuloide las piernas abiertas de la última «starlette» y se detuvo ante una «tavola calda» que casi formaba esquina con la Piazza della República. No llevaba ni un minuto allí cuando la vio llegar a ella.

Carola era puntual. Siempre lo había sido.

Y los dos años transcurridos la habían hecho más bonita, más deseable, más dulce. Carola había madurado como una flor que está en su punto, en su momento supremo, o como una fruta apta para ser comida. Llevaba un vestido color violeta, zapatos de alto tacón y medias oscuras. Como siempre, no iba pintada. Como siempre, había en sus ojos una pincelada levemente ansiosa.

Y no le faltaba razón. Carola había sufrido mucho durante dos años, viéndole tan sólo en la sórdida sala de visitas de la no menos sórdida cárcel de Brescia, sin saber si algún día llegaría a salir de allí. Pero ahora todo era distinto, todo había cambiado. Una nueva y luminosa vida, empezaba para los dos.

Se miraron a los ojos.

Y se fundieron en un estrecho abrazo, sin necesidad de una palabra, sin necesidad de un gesto que no fuera la búsqueda de sus labios.

La gente les miraba con envidia o con indiferencia, porque en la eterna Roma ya se han visto besos de todos los calibres, y por uno mas no se va a levantar de su tumba ningún César. Sólo cuando vieron que se acercaba un policía se separaron los dos. Ella musitó con voz velada:

—¿Es hoy cuando debes ir a ver a Granzi?

—Sí. Ahora.

—¿No podrías aplazarlo? ¿No podríamos disponer de este anochecer para nosotros dos?

—No, Carola, no puedo hacerlo. Me condenaron por un error judicial y ahora Granzi, el fiscal de la República, se ha comprometido a firmarme un documento retirando toda posible acusación. Ese documento va a ser la base para rehacer mi vida, de modo que no pienso renunciar a él. Me ha dado una hora muy concreta para que esté allí, en su despacho particular de Vía Lombarda Pero no estaré allí toda la noche, no temas —rió—. Después el tiempo será nuestro, absolutamente nuestro.

La atrajo hacia sí, la tomó por los hombros y avanzaron los dos unidos hacia las Quatre Fontane. Una turbamulta de coches pasaba por allí, procedente de Piazza Barberini. Detuvieron un taxi.

—A Vía Lombardi, por favor. Yo le indicaré la casa.

Se besaron en el interior, buscaron sus labios, se entregaron sus miradas y sus alientos. El taxista hizo un gesto de aburrimiento. Sólo faltaba eso, encima de lo difícil que estaba, el tráfico en Roma: que a uno le pusieran a tono imaginando las piernas de las chicas que iban detrás. Cuando llegaron ante el rascacielos de Vía Lombardi, el joven dijo con voz amable:

—Por favor, aquí.

Se detuvieron detrás de un «850» descapotable, dentro del cual había una mujer. Se la veía confusamente, porque la capota estaba echada, pero además solo se fijaron de pasada en ella. Aunque el pequeño coche deportivo estaba en estacionamiento prohibido, no era fácil que a aquella hora se acercarse por allí ningún guardia.

—Vamos, Carola.

—Sí, Pietro.

Ascendieron hasta el último piso, donde el fiscal de la República tenía su despacho privado. A aquella hora, las oficinas que hacían del edificio un hormiguero ya estaban vacías. No se veía a nadie en los pasillos. Todo daba una confusa y hasta un poco temible sensación de abandono y de silencio.

—Es aquí.

Pietro Amalfi golpeó con los nudillos.

No le respondieron.

Hizo girar el pomo. Notó que la puerta estaba abierta.

Se atrevió a entrar.

Y lo vio todo vacío. Los muebles, las alfombras, los libros parecían esperar a alguien que no llegaría jamás.

Desde la ventana, se veía Roma tendida a los pies como una mágica luciérnaga. La sensación de soledad que imperaba allí llegaba a hacerse agobiante en sólo unos segundos.

Pero Pietro Amalfi no se fijó en eso.

Se fijó en el adorno de cristal de Murano que estaba en el suelo y que tenía una huella de sangre.

Como una suave caricia roja.

# CAPÍTULO II

## PIRUETA HASTA EL INFIERNO

Carola musitó:

—¿Qué es esto? ¿Dónde está Granzi?

—No lo sé, pero imagino que no puede estar lejos. Quizá haya salido un momento.

—¿Y si esperásemos fuera hasta su vuelta?

—Él me dijo que estuviese aquí a esta hora en punto y que no me retrasara ni faltara por ningún concepto. Por lo tanto ha de estar aquí. No me daría una cita tan exacta para luego largarse con viento fresco.

Y miró en torno suyo. Señaló una puerta.

—Me extrañan dos cosas —musitó—: que Granzi haya salido y que ahí se vea esa pequeña huella roja. Habrá que averiguar lo que hay detrás de aquella puerta.

Y la empujó.

Vio lo que esperaba ver: un pequeño cuarto de baño privado que tenía también una nevera con bebidas. Y vio también lo que no esperaba ver: el muerto dentro de la bañera, rebozado en su propia sangre.

El respetable difunto era el respetable fiscal. El conocía a Granzi, puesto que éste le acusó durante el proceso. Por lo que se podía distinguir de él, hacía apenas veinte minutos que estaba muerto.

Pietro Amalfi sólo pudo balbucir:

—Dios santo…

Una auténtica montaña de pensamientos pasó por su cerebro: dirían que lo había matado él, dirían que era una venganza por los

dos años de injusta condena, dirían que…

Aquello podía llegar a enloquecerle.

Se volvió.

Carola también estaba terriblemente pálida en el umbral. Se había llevado las manos a la garganta. Sus piernas temblaban.

Pietro dijo con perfecta serenidad:

—Vámonos de aquí, Carola.

—¿Adónde?

—A dar parte a la policía.

—Pero…

—Sí, ya sé que es un mal asunto, pero peor será si me largo. Alguien nos habrá visto entrar y se comprobará que ese hombre ya estaba muerto cuando nosotros hemos venido. Es la única posibilidad, Carola. Compréndelo.

Y fue hacia la puerta exterior.

Ella le seguía como hipnotizada.

Pero no tuvieron tiempo de llegar hasta allí.

Porque a continuación empezaron a ocurrir otros hechos en la Casa de la Huella Roja. Porque en aquel momento la puerta se abrió. Dos hombres aparecieron en el umbral bruscamente.

Pietro balbució:

—Policía…

Estaba seguro de que aquello era una encerrona para acusarle a él de la muerte. Todo estaba calculado para que el responsable pareciese él. Pero de pronto se dio cuenta de que las cosas no cuadraban. Se dio cuenta instantáneamente, como en una serie de chispazos, de que aquello no era lo que parecía.

En efecto, de los dos hombres que habían entrado sólo uno llevaba visible su arma, y esa arma era una mortífera pistola «Mauser» de las que tienen el cargador delante del gatillo. Tal clase de petardo no es el reglamentario en la policía italiana, ni mucho menos. Por lo tanto, ¿qué policía se atrevería a usarlo?

Por otra parte, la «Mauser» llevaba acoplado un silenciador. Jamás un representante de la ley utilizaría un artefacto semejante.

Y había otro detalle: el hombre armado apuntaba al otro, que estaba completamente aterrorizado. Pero no le apuntaba como si le amenazase, sino como si fuera a disparar sobre él. Pietro le vio levantar las manos y lanzar una especie de chillido femenino.

Ya no tuvo tiempo de más.

Sonaron dos taponazos.

El hombre que acababa de gritar vaciló sobre sí mismo y estuvo a punto de caer. Sus manos fueron a parar angustiosamente al pecho, que se estaba tiñendo de sangre.

La misma sorpresa que sentía estaba paralizando a Pietro Amalfi, quien además solo había podido preocuparse hasta el momento de una reacción: la de proteger a Carola. Se había situado delante de la muchacha para que no la alcanzase ninguna bala.

Todo estaba ocurriendo en fracciones de segundo.

Era como una frenética película, tan rápida que en ella se veían las imágenes.

Porque lo que ocurrió a continuación fue igualmente asombroso: el tipo que acababa de disparar empujó a su víctima. La lanzó brutalmente contra la ventana.

El herido lanzó otro grito mientras sus brazos se balanceaban trágicamente en el aire. Con el peso de su cuerpo rompió aquella ventana, cuyos resortes eran sorprendentemente frágiles. El asesino le dio un nuevo empujón mientras le alzaba una de las piernas para precipitar su caída.

El alarido se oyó en todo el piso. Y el herido saltó al vacío mientras le precedían gotas de su propia sangre. Trazó una parábola desde lo alto del rascacielos.

Fue una parábola trágica.

Un hombre que vendía postales casi enfrente, en la esquina de Vía Lombardi, oyó aquel grito. Miró hacia lo alto y se limitó a susurrar:

—Pues sí que…

Sus pensamientos se paralizaron. No esperaba aquello.

El bulto humano se había estrellado justamente sobre la capota de un pequeño «850» estacionado allí. Ni que decir tiene que la atravesó por completo. Durante unos segundos que parecieron eternos, la capota del deportivo se tiñó de rojo mientras las piernas del muerto, que había caído de cabeza, aún se balanceaban en el aire por un movimiento de inercia.

El vendedor de postales dijo de nuevo:

—Pues sí que…

Aquello le recordaba algo.

Algo que había visto.

Algo que estaba en su subconsciente porque al principio no le dio importancia. Algo que estaba en… en…

Sus pensamientos se paralizaron de pronto, porque en aquel momento lo más asombroso ocurrió. Fue algo que nadie esperaba, que nadie podía imaginar siquiera. La pirueta del hombre que había saltado desde lo alto del rascacielos se convirtió en una pirueta al infierno.

Porque el pequeño coche deportivo estalló.

Se convirtió en un mar de llamas.

Y de aquel mar de llamas, de aquel infierno portátil, de aquella pesadilla de cuatro cilindros escapó un grito infrahumano, un alarido espantoso, una brutal llamada de muerte. Porque todos los que estaban en la calle vieron algo que no podían creer: no sólo el muerto estaba empotrado dentro del pequeño coche, sino también una mujer sentada al volante… ¡Una mujer que se estaba asando viva dentro!

La vieron salir unos segundos después.

Pero envuelta en llamas.

Despavorida.

Convertida ya en su propia momia calcinada.

Cayó al otro lado de la calzada de Vía Lombardi.

Mientras tanto, en el último piso del rascacielos, los dientes de Pietro Amalfi habían chirriado mientras todo su cuerpo se tensaba. En sus facciones hubo una mueca de salvaje decisión. Por unos instantes se olvidó de que debía proteger a Carola.

Y se lanzó sobre el asesino.

Fue una especie de suicidio.

No hubiera debido hacer aquello jamás.

Pero hay cosas que no se piensan, y el salto de Pietro fue una de ellas. Intentó sujetar la pistola del asesino.

Éste apuntó fríamente.

Pero no lo hizo a la cabeza.

Lo hizo a la pierna derecha.

Pietro Amalfi no oyó la detonación ni sintió dolor al principio, pero de pronto cayó de bruces sobre la alfombra. La pierna derecha no le sostenía. Se llevó maquinalmente las manos a ella mientras el dolor subía a su cerebro como una oleada.

Lo único que pudo gemir fue:

—Carola… Ocúltate…

Estaba seguro de que iban a matarla.

En efecto, el asesino disparó contra la chica, pero no acertó. La bala paseó en un siniestro zigzag por la pulida mesa del fiscal de la República, antes de perderse más allá de la ventana rota. Inmediatamente el hombre que acababa de disparar saltó hacia atrás con la agilidad de un atleta.

Todo había ocurrido en unos segundos, aunque el tiempo se hubiese hecho interminable para Pietro. Le parecía que llevaba un siglo allí, jugando al póquer con la muerte. Caso de ver que desde que entraron los dos hombres no había pasado ni un minuto, hubiese lanzado un grito de sorpresa.

Intentó arrastrarse hacia la salida.

No pudo.

Su boca se quebró en un estertor y sus ojos se cerraron mientras un poco más allá lo veía todo rojo… suavemente rojo… deliciosamente rojo…

## CAPÍTULO III

## LOS POLICÍAS SON GENTE SENSATA

Cuando recobró el conocimiento, estaba bien lejos de allí, en una pequeña clínica privada contigua a la Vía Nazionale, a través de cuyas ventanas penetraba en forma intermitente el ruido de los coches que se dirigían hacia el Coliseo. Una luz muy blanca parecía oscilar sobre la cabeza de Pietro Amalfi, que necesitó abrir y cerrar los ojos varias veces para poder fijarla en su retina. Notó entonces que retiraban una aguja con la que acababan de pincharle el brazo.

Alguien cuidaba de él. Se sentía físicamente muy calmado, pero una auténtica tempestad pasaba por su celebro. Volvió la cabeza.

Carola susurró:

—No te preocupes. Los dos estamos a salvo aquí. Tú tienes una simple rozadura en una pierna y a mí no me ha ocurrido nada…

Lo de la rozadura en una pierna debía ser una broma, porque se la habían dejado hecha un mapa. Pero ya se sabe que la gente, con tal de animarle a uno, le dice que está como nunca, aunque ya se dedique a confeccionar florecillas con las tiras de su piel. Pietro le tendió la mano.

—¿De veras no te ha ocurrido nada, Carola?

—No. Dispararon sobre mí, pero… Bueno, la bala falló.

—Pues tuviste suerte, porque aquel buitre estaba a muy poca distancia.

—También tuviste suerte tú, Pietro. Si llega a apuntarte a la cabeza en lugar de a la pierna…

—No quiero pensarlo —dijo Pietro con algo que trataba de ser una sonrisa—, pero ahora la policía tal vez piense que… que…

—¿… Que usted lo mató? —preguntó una voz opaca a su izquierda.

Pietro giró la cabeza hacia aquel lado.

El tipo algo grueso que estaba allí tenía aspecto de confidente de la vieja Mafia romana. Podía, por lo tanto, ser un delincuente o un alto jefe de la bofia. A veces se llega a sitios muy distintos por los mismos caminos. Pero su voz fue amable, y hasta casi cariñosa, cuando murmuró:

—¿Cree que pensamos que lo mató usted, Amalfi? No, nuestra cabeza no es tan cuadrada. Los policías somos gente sensata. Usted no pudo liquidar al fiscal Granzi. Por cierto, no me he presentado. Soy el inspector Pavoni, de la Brigada de Homicidios de la policía romana.

—Es la primera vez que me satisface conocer a un policía —dijo Pietro con voz ahogada.

—Bueno… No hay que tomar las cosas así. Usted era un buen periodista cuando le acusaron de un crimen que, por lo visto, no había cometido. Las cosas rodaron mal y… En fin, ya se sabe. Ni son culpables todos los presidiarios ni inocentes todos los que están libres. Pero al fin se aclaró la verdad y usted volvió a ser un hombre capaz de rehacer su vida.

—No por mucho tiempo —dijo Pietro, señalando su pierna.

—De acuerdo, de acuerdo… Esto le causará molestias una temporada, pero al fin se curará… Le decía que hemos comprobado ya algunos puntos que a usted le exoneran de culpa. En primer lugar, y según el forense, Granzi ya estaba muerto cuando usted entró, porque hubo testigos que le vieron entrar a usted gracias a… gracias a la chica, en la que se fija todo el mundo. En segundo lugar, se ha comprobado que Granzi le llamó dos veces, puesto que la conversación está grabada en la cinta magnetofónica que conservan sus secretarias. Muy tonto sería usted si matara a un hombre que le ha dado una cita delante de tanta gente. En tercer lugar, la bala, o las balas, que acabaron con Granzi fueron disparadas por una pistola poco usual, una vieja arma que antes usaba la Caballería austríaca, y que usted no parece poseer. Fue una maldita casualidad el que, cuando usted llegó, otra persona que desconocemos hubiera matado al fiscal Granzi. Pero no fue sólo eso lo que ocurrió. Ocurrieron también otras cosas.

Pietro movió la cabeza afirmativamente.

Aún le parecía estar viviendo aquella increíble pesadilla.

—¿Qué es lo que vio? —preguntó Pavoni.

—Le advierto que todo fue muy rápido. Voy a poder darle pocos detalles.

—Ya supongo que fue rápido, pero usted es un buen observador. Explique las cosas tal como pudo verlas.

Él lo hizo. No omitió ningún detalle; ahora se daba cuenta de que muchas cosas que creyó no haber observado las había observado bien. Pudo describir al asesino con perfección: sus zapatos, su traje, su cara, sus ojos… Y también pudo describir con casi perfecta exactitud al muerto.

Pavoni le escuchaba con atención. Los médicos ya se habían retirado y estaban solos en aquella pieza de la clínica, junto con el herido, Carola, Pavoni y otro hombre a quien Pietro no conocía. Seguramente era un auxiliar de Pavoni, porque llevaba una abultada cartera. En efecto, el inspector le ordenó:

—Cesare.

—Diga, señor.

—Muestre las fichas al herido. ¿Está usted cansado, Amalfi?

—No. Puedo verlas si es que se trata de identificar a alguien.

—Se trata de identificar al muerto.

—¿Y al asesino?

—Por lo pronto no tenemos a nadie que se parezca a él, pero no voy a perder las esperanzas. En los primeros momentos siempre ocurre eso. Le aseguro que identificar al muerto es el paso inicial y mucho más importante de lo que la gente cree; luego viene todo lo demás.

Y le mostró cinco fichas.

—¿Lo ve aquí?

Pietro señaló una sin dudarlo.

—Éste.

Hubo un relampagueo en los ojos del policía.

—Celebro que no se haya equivocado, Amalfi.

—¿Cómo está tan seguro de que no me he equivocado?

—Porque al muerto aún se le reconocía un poco, a pesar de que haya quedado achicharrado casi por completo. Tuvo la desgracia de caer sobre un coche estacionado ante la casa y que enseguida se

incendió. Claro que, después de desplomarse desde un rascacielos, ¿qué otra desgracia podía importarle ya?

Pietro asintió pensativamente.

El policía continuó imperturbable:

—El anillo con sus iniciales aún no se había fundido. Ni las dos muelas de oro que correspondían a la ficha dental de este hombre. De su documentación quedaban apenas unos mínimos restos que sin embargo estamos tratando de reconstruir. Sin embargo hay un detalle decisivo y que no deja margen para el error.

—¿Qué detalle?

—Su hermana le esperaba abajo. Era la que estaba al volante del «850» descapotable que se incendió. Ella pudo saltar, pero ya envuelta en llamas. Ha muerto hace apenas media hora sin recobrar el conocimiento. Ha… ha sido espantoso.

Pietro tenía la boca seca.

Tuvo que cerrar los ojos un momento porque le parecía estar viendo delante de él la escena.

—¿Pero quién era ese hombre? —susurró al cabo de unos instantes—. ¿Por qué tiene ficha en la policía?

—Bueno… La tiene por un simple accidente de tráfico. Hirió gravemente a un niño, se dio a la fuga, le detuvieron al fin y lo empapelaron de firme. Un año de cárcel, que por descontado no cumplió. Sus abogados le sacaron adelante muy bien.

—¿Era rico?

—Miles de millones de liras. Su hermana, la que murió también, era una mujer pobre que vivía en un barrio popular cerca de Fiumicino. La única familia que le quedaba. Pero él, Nicola Guarnieri, había hecho una fortuna enorme en pocos años: inmobiliarias, sociedades financieras, contratas de obras públicas… Imagine todos los sitios donde haya habido un «*boom*» de los terrenos y de las construcciones: Nicola Guarnieri estaba allí. Puedo citarle a manera de ejemplo la Riviera del Fiori, Córcega, Cerdeña, Mallorca, Túnez, Sorrento, la Costa del Sol… En todas partes tenía intereses. Lo terrible es que ahora va a haber un «*crack*» financiero solemne, un susto para darse a todos los diablos. Esa muerte será una muerte de las que hacen época.

Pietro Amalfi volvió un momento la cabeza para mirar a Carola. A él esas cosas no le afectaban: él no había ahorrado nunca más de

quinientas mil liras, o sea unas cincuenta mil pesetas o novecientos dólares. Esas fortunas inmensas, esos imperios forjados en pocos años le parecían cosas de otro planeta.

—Pero si era tan rico —murmuró—. ¿Cómo se atrevieron a matarlo?

—Usted, que ha estado en la cárcel debiera saberlo, Amalfi. En este cochino mundo se mata con preferencia a los muy ricos o a los muy pobres. Por razones bien distintas, son los que más enemigos tienen. Y un hombre como Guarnieri debía estar rodeado de buitres que le odiaban, porque en sus negocios era implacable. Había hundido a bastante gente.

—Pero matarlo en el propio despacho de un fiscal de la República es demasiado. Hasta parece absurdo, ¿verdad?

—Bueno… No todos los asesinos eligen el sitio en el que van a actuar. Quizá a Nicola Guarnieri le persiguieron hasta allí, y ése fue el sitio en que le dieron alcance. Seguramente podremos comprobarlo pronto, aunque por el momento nadie parece haberse fijado en su llegada.

—¿Pero por qué había ido al despacho de Granzi?

—Vuelve usted a ser el viejo periodista que fue, Amalfi —dijo el policía—. Pregunta más que nosotros… Está bien: si le ha de servir para un buen reportaje que le abra de nuevo las puertas de su periódico, se lo diré. Al fin y al cabo estamos en deuda con usted. Se ha comprobado por las cintas grabadas en el teléfono del fiscal Granzi que también le dio una cita. Granzi era un águila, ¿sabe? Parece que se había dado cuenta de algo oscuro en los fabulosos negocios de Guarnieri, y no debía andar desencaminado, porque nosotros también empezábamos a sospechar que aquello estallaría algún día. Demasiados rumores, demasiadas compañías filiales que desaparecían para que nacieran otras… En fin, el caso fue que le citó a la misma hora que a usted. Por lo visto pensaba despacharle a usted en cinco minutos.

—Sólo había de entregarme una carta renunciando a toda posible acusación —dijo Pietro—. No creerá usted que iba a felicitarme las Pascuas ni yo a felicitárselas a él. Realmente no podía ni verle, de modo que de cinco minutos sobraban cuatro.

—Bien, eso explica que citase a Guarnieri casi a la misma hora. La conversación está grabada palabra a palabra. El fiscal le decía

que sabía algunas cosas oscuras acerca de sus negocios y quería tener una conversación privada con él. Guarnieri protestaba asegurando que él era tan honrado como el arcángel San Gabriel. Granzi se echaba a reír roncamente. «Nunca ha sido honrado, pero además, ahora empieza a no parecerlo —le decía—. Quiero que me exponga la posibilidad de salvar sus empresas sin despidos masivos de obreros ni quiebras que hundan a mucha gente. Si conseguimos eso, procuraré que la acusación contra usted sea benigna. Si no, le juro que lo lamentará. Y no tome esto como una amenaza, sino como una advertencia de la ley».

Pietro inclinó la cabeza afirmativamente.

—Granzi era un fiscal enérgico —susurró—. No se puede negar. Y, aunque se equivocara conmigo, quizá en otros casos sirvió realmente a la justicia. Supongo que tendría buenas pruebas contra Nicola Guarnieri…

—No eran pruebas abrumadoras, pero sí bastante convincentes. Entre ellas un estado contable según el cual Guarnieri podría haberse llevado a Suiza todo el efectivo de sus negocios, dejándolos en la pura bancarrota. Es una contabilidad que aún hemos de revisar, pero que me parece muy convincente. El fiscal la tenía en su caja fuerte. Por descontado, hemos pensado enseguida que el macarra de Guarnieri, al pensar que ese fiscal tenía pruebas que podían hundirle, lo hizo matar antes de que fuera demasiado tarde. Pero entonces, ¿por qué nadie abrió ni siquiera un cajón del despacho? ¿Por qué no tocaron la caja fuerte? En aquellas habitaciones no había nadie, y podían obrar con tranquilidad. Matar al fiscal para dejar las pruebas en el despacho era absurdo. Por otra parte, ¿a qué fue Guarnieri luego allí? ¿A demostrar que el fiscal le había citado y apuntarse él mismo en la lista de sospechosos? No. Era mejor fingir que Granzi no le había llamado para nada y por lo tanto no acudir. Buscar una coartada que le dejara al margen del asunto. En lugar de eso acude al despacho donde sabe que encontrará los cuatro pingajos de su víctima… No, no es convincente. Estoy absolutamente persuadido de que Nicola Guarnieri no lo hizo matar. No digo que no fuera su estilo, porque el que se da la fuga después de atropellar a un niño es capaz de todo. Pero nunca hubiese obrado con una ingenuidad tan absoluta.

Pietro volvió a hacer un gesto afirmativo. Estaba seguro de

aquello. Aceptó el sorbo de agua que le daban y susurró:

—Pues entonces… ¿qué piensa?

—En lo que concierne a usted, Amalfi, la cosa ya está clara. Ha identificado al cadáver, nos ha dado una pista muy segura sobre el asesino y no podemos pedirle más. La policía le está muy agradecida, amigo. Ah… Mientras se encuentre aquí, el Estado corre con todos los gastos.

—¿Y cuánto tiempo voy a estar aquí?

—Tres días antes de salir con un bastón. Luego habrá de venir a curarse con frecuencia. Eso han dicho los médicos, al menos.

Pietro suspiró:

—Lástima, porque de momento no podré escribir.

—¿Cómo que no?

—¿No lo entiende? Es que siempre he sido un periodista que ha escrito con los pies. De todos modos que me traigan una máquina… He de redactar para mi viejo director un reportaje y al mismo tiempo pedirle un anticipo. Si no… ¿cómo infiernos voy a pagarme el bastón para poder salir de esta casa…?

# Capítulo IV

## LA SOMBRA DE UNA DUDA

El periódico estaba instalado en los bajos de un viejo palacio de los que tanto abundan en el centro de Roma, Cerca de allí se encontraba la Piazza Navona, y al anochecer se oían los tañidos de las campañas de cien iglesias distintas que llenaban de melodías desde el Vaticano hasta el Palatino. Todo el embrujo de Roma penetraba por las ventanas abiertas mezclado con los mil petardeos de los coches, con las risas de las mujeres que pasaban, con los gritos de algún exaltado que hacía ondear una bandera y con las canciones de las chicas que se cambiaban de medias más allá de las ventanas. Aquel viejo palacio estaba lleno de gatos que desde las esquinas llamaban a sus novias, tenía goteras y posiblemente ocultaba alguna catacumba entre sus cimientos, pero los redactores no lo hubieran cambiado por nada del mundo. Sentían que allí palpitaba la entraña eterna de la ciudad.

Cuando Pietro Amalfi volvió a la vieja guarida después de dos años de ausencia, quisieron levantarle en hombros, pero no lo hicieron para no romperle la otra pierna. En lugar de eso, le vaciaron las papeleras sobre la cabeza y organizaron una suscripción para pagarle un café en la máquina automática. El ambiente era el mismo de antes. Para que todo fuese igual que dos años atrás, la empresa les seguía debiendo media paga.

—Su reportaje sobre la muerte de Granzi y de Guarnieri Fue magnífico —le dijo el director una vez solos en el despacho—. No sabe qué nombre tan fantástico le ha dado eso en toda Italia. Después de la desgracia es justo que ahora tenga usted un buen

momento, Amalfi, y nosotros estarnos dispuestos a ayudarle. Ni que decir tiene que reingresar aquí con todos los derechos.

—Se lo agradezco, señor. A pesar de todo, otros aún sentirían recelos.

—¿Pero qué recelos ni qué memeces? A usted lo condenaron injustamente, Pietro, y espero que publique en este periódico la historia de sus dos años en la cárcel. Claro que tal vez prepare un libro… En fin, todo se andará, aunque de momento el que no puede andar es usted. ¿Cuáles son sus proyectos?

—Quiero ampliar detalles sobre lo de Guarnieri —dijo el joven —. Presumo que hay algo gordo, tremendamente gordo detrás.

—Claro que lo hay. Ya han empezado a filtrarse rumores financieros. Sus empresas están en bancarrota.

—¿No hay dinero?

—Es posible que él se lo llevara antes. Es decir, que lo limpiase todo a fondo, hasta la última lira.

—Eso significa que el fiscal Granzi tenía razón…

—La verdad es que Granzi solía tener razón en casi todo. A mí no me resultaba simpático, ya lo sabe: seco, desagradable, ambicioso, con una cierta tendencia a meter mano a las chicas, aunque sin que eso se supiera… Además trabajaba siempre un poco al margen de la ley, y eso explica que tuviera un despacho privado en Vía Lombardi. A muchas personas a las que pensaba acusar las citaba a veces allí para discutir el asunto al margen del Palacio de Justicia. Si esas personas estaban dispuestas a colaborar y a declararse culpables al menos en parte, Granzi continuaba las gestiones en su despacho oficial y luego se apuntaba un éxito. No es que todo eso sea ilegal, pero negociar con los delincuentes en plan privado, para así poder escalar puestos más aprisa, no me parece el sistema más elegante. De todos modos he de reconocer que Granzi tenía vista. ¡Maldito sea, el tío! ¡Claro que la tenía! En el caso de Nicola Guarnieri estoy seguro de que acertó también. En fin, ya ha explicado usted todo lo de la muerte de Guarnieri. ¿Qué piensa hacer ahora?

Pietro Amalfi encendió un cigarrillo mientras decía pensativamente:

—En otro tiempo, antes de que me acusaran de aquel delito que no cometí, era un reportero de los que siempre encuentran la pista.

Descubrí muchos escándalos y muchas corrupciones en la vieja Roma. Creo que en este caso debería seguir investigando sobre los negocios de Nicola Guarnieri. Estoy seguro de que encontraré cosas que los lectores, e incluso la policía, ignoran aún.

—Perfecto, Amalfi —el director le apuntó con el dedo—. Hágalo. Por mi parte le destinaré la mejor plana del diario en cuanto tenga noticias frescas. Y si necesita algún contable para que le ayude en las investigaciones, yo lo pagaré. Para descubrir los manejos de Guarnieri habrá que revisar muchos libros de caja…

—Me temo que los libros de caja ya los tiene la policía, de modo que poco voy a lograr por ese lado. Será mejor que trate de reconstruir la vida privada de ese tipo. Empezaré por volver al lugar donde lo mataron.

Y salió de allí. En los cafés de Vittorio Veneto, los jóvenes elegantes de una Europa que ya estaba en crisis se dedicaban a hablar de los últimos milagros de las píldoras anticonceptivas y de las últimas hazañas de sus motos. En los jardines de Villa Borghese las parejas se daban el pico en el interior de los coches. En el hotel Flora celebraban una boda. Algo más abajo, un par de tipos con aspecto de espías entraban en la Embajada norteamericana; en cuestión de espionaje, los yanquis no se preocupan ni de disimular. Los coches que iban al aeropuerto y los barrios extremos cruzaban raudos junto al Arco de Constantino, haciendo vibrar hasta sus cimientos que se hundirían algún día. La entrañable Roma que él había estado tanto tiempo sin ver palpitaba esta noche con más intensidad que nunca. No supo cómo, se encontró en Vía Lombardi, mirando el moderno edificio de oficinas donde habían muerto Granzi y Guarnieri en una trágica coincidencia que aún no se explicaba. El vendedor de postales que ya recogía sus bártulos le miró de soslayo y le ofreció su mercancía.

—¿Interesan, señor?

—No, gracias.

—Entonces, ¿prefiere estampas religiosas? Tengo a colores naturales los últimos santos incorporados al calendario. No crea que le va a ser fácil encontrarlos en otra parte.

—Por lo visto, usted vende lo que sale…

—Uno ha de ganarse la vida como puede. ¿Qué es la vida moderna? Una basura. ¿Qué es Roma? Un sitio donde cada vez

queda menos espacio para los hombres sencillos como yo. Ya no se puede estar ni en esta esquina, ¿sabe? Es horrible. Un poco más y a uno le echan un muerto encima de la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Nicola Guarnieri salió despedido desde aquella ventana.

—¡Si sólo fuese Nicola Guarnieri!

Pietro le miró sorprendido.

—¿Es que ha visto caer a alguien más?

—No, hombre, no… ¡Estaría bueno! Si cada día cayera gente desde las ventanas ya habrían clausurado el edificio… Pero cuando vi caer a Guarnieri recordé algo. Bueno, ya sé que no tiene sentido… ¿Pero para qué le cuento esto?

Amalfi chascó dos dedos.

—Déjeme ver las postales —dijo.

—¿Las de las chicas?

—Prefiero ver una chica que un obispo.

En realidad Amalfi trataba de aparecer como un tipo ligeramente desvergonzado, mientras todos sus sentidos estaban alerta. Lo único que pretendía era ganarse la confianza de aquel hombre porque estaba seguro de que, sin saber nada, sabía algo. Era una sensación imprecisa, extraña, incoherente, pero Amalfi no lograba desprenderse de ella.

Pagó por las postales lo que el vendedor le pidió. Mientras tanto el vendedor empaquetaba las vistas turísticas, las imágenes en colores que reproducían desde San Pedro hasta San Juan de Letrán, pasando por el remoto Foro. Amalfi le pasó un cigarrillo.

—¿Es que ha caído desde ahí arriba algo más? —dijo.

—Sí. Y dos veces. ¡Qué cuerno!

—¿Qué es lo que ha caído?

—Un saco. Y siempre de noche. Yo estoy aquí hasta muy tarde. Cuando cierran las oficinas, soy casi el único que queda en la esquina, y por eso lo vi. Primero un saco. ¡Menudo susto! Dos días después, otro. ¡Si llego a estar ahí, me mata! ¿Sabe qué pensé al principio? Que era algo así como contrabando. Que había gato encerrado. Por eso con el primer saco me despisté, pero el segundo lo miré bien. Y no había más que arena. Arena simplemente. Pero si llega a haber un coche abajo, por ejemplo, lo deshacen con el golpe.

—Esa zona de abajo es de estacionamiento prohibido.

—Por supuesto. Sin embargo el día de la explosión había un «850» descapotable, ¿eh? Bueno, a lo que iba. No había más que arena. Entonces, pese a que no soy más que un pobre pijo, voy y quiero saber desde qué oficina han hecho aquella barbaridad. Me entero de que sólo el fiscal Granzi trabaja a esa hora.

—¿Y qué?

—Pues nada… —dijo el otro moviendo los brazos a estilo de película italiana—. Que voy y le digo a ese vampiro que él será un alto servidor del Estado, pero que el que paga los impuestos soy yo. Y Granzi era una persona amable, ¿sabe? Pese a todo, era una persona amable. Me enseñó la reparación que estaban haciendo en una de las ventanas del despacho. Habían puesto allí dos sacos como contrapeso y los dos se habían ido al diablo uno tras otro. ¿Pero qué clase de gente es la que trabaja ahora? ¿Es que no se daban cuenta de que podían matar a alguien? Granzi me pidió disculpas y ya no volvió a suceder nada más. Casi lo había olvidado cuando vi caer a ese tipo, a Guarnieri. ¿Y sabe qué le digo? Que ni que me hagan concejal del Ayuntamiento, con licencia para robar, me acerco yo a esa ventana. ¡No hacen más que caer cosas! ¡Dios me libre!

Y mientras invocaba a Dios, guardó las últimas postales con señoritas. Dios, por supuesto, ha de tener una infinita paciencia con este mundo. Amalfi exhaló pensativamente una bocanada de humo mientras se entrecerraban sus ojos.

—¿Quién recogió los sacos? —preguntó.

—Por lo visto, Granzi protestó ante los que reparaban la ventana. Les debió decir de todo. El caso fue que vinieron las dos veces con una furgoneta y se llevaron los sacos, que en parte habían reventado. No tardaron ni diez minutos.

Pietro asintió.

—¿Eso es todo? —dijo.

—¿Y qué quiere que pase más? ¿Que caiga una señorita en pijama? Bueno, y a todo eso, ¿por qué le he contado tantas cosas que no tienen importancia? ¿Qué más da…?

—Sí… —dijo Pietro Amalfi pensativamente—. ¿Qué más da?

Vio cómo el otro se largaba. No trató de detenerle. En realidad aquello que acababa de oír no tenía la menor importancia. Era cierto. ¿Pero por qué se le había clavado entre ceja y ceja? ¿Por qué

lo tenía como una especie de obsesión?

Quedó detenido en la esquina, mirando hacia arriba. No pasaba casi nadie. La noche romana, de pronto, parecía haberse vuelto fría.

Pietro Amalfi echó a andar hacia la Plaza de España. Le parecía oír una voz desconocida que le estaba diciendo palabras sin sentido. Una especie de fantasma hecho de niebla caminaba tras sus pasos.

Todo aquello no resistía un análisis, por supuesto.

Pero en la mente de Pietro Amalfi ya había germinado la sombra de una duda.

# CAPÍTULO V

## SETENTA KILOS EN CANAL

Al día siguiente estuvo tomando notas por diversos Bancos y oficinas públicas sobre los negocios de Nicola Guarnieri, pero no trabajó bien. Pese a convencerse de que había un mejunje que olía a podrido desde cien leguas, se olvidó de profundizar en algunos detalles esenciales. Aquella noche, al ir a escribir su artículo, se dio cuenta de que apenas tenía materiales decentes para hacerlo.

En realidad su pensamiento estaba en otro sitio. En un sitio absurdo quizá. En la ventana desde la que habían caído también dos sacos de arena.

¿Qué relación existía entre una cosa y otra? ¿Es que verdaderamente había una relación? ¿O, por el contrario, todo se debía a una maldita casualidad de la que más valía que se olvidara cuanto antes?

Lo cierto fue que no pudo olvidarse de nada. A la misma hora de la noche anterior, regresó a la Vía Lombardi cuando el vendedor de postales ya estaba recogiendo su tenderete. Amalfi intentó poner cara de tío sobón al que le estaba faltando ya su ración de droga.

—¿No tiene más postales de aquéllas? —preguntó.

—Eran buenas, ¿eh?

—Mucho.

—Modelos italianas, amigo. Las italianas son más ardientes. Las nórdicas parece que estén pensando en otra cosa mientras hacen eso.

En realidad Amalfi no había mirado las postales ni una vez y ni siquiera sabía dónde las había metido. Pero eligió con grandes

muestras de interés otras cinco mientras preguntaba:

—¿Qué peso tendrían aquellos sacos? ¿Pudo calcularlo?

—¿Qué sacos?

—Los que cayeron, hombre…

—Ah… Casi no me acordaba. Bueno, pues los dos pesaban lo mismo. Setenta kilos exactamente. Yo diría que justos.

—¿Cómo sabe que pesaban setenta kilos?

—Yo he levantado peso cuando era joven —dijo el vendedor—. Entiendo de esas cosas. ¿Y cuánto cree que pesa mi tenderete? Menos mal que lo guardo en una tienda próxima, que si no… También son sesenta y ocho o sesenta y nueve. Los dos sacos pesaban lo mismo. Puede calcular setenta y no se equivocará. Sí, eso: setenta…

Y se alejó mientras decía:

—Vuelva mañana. Tendré postales nuevas… Hay un proveedor que las trae de Milán. ¡Ah, Milán! ¡Aquélla sí que es buena tierra para las tías…!

Y el aspirante a rufián se largó. Pietro Amalfi quedó pensativo, en silencio, mientras el cigarrillo temblaba en sus labios.

Por todos los infiernos…

¿Pero es que aquello iba a tener algún significado para él?

De una forma maquinal, fue a la Morgue. Una buena representación del fiel y paciente pueblo italiano estaba allí: familiares de muertos en accidente, buitres que iban a identificar a sus víctimas, policías que levantaban atestados, abogados que buscaban testigos falsos… Pese a lo avanzado de la hora, la Morgue era un poema.

Amalfi buscó al doctor Secco, al que conocía desde algún tiempo atrás. Secco le había concedido un par de entrevistas años antes.

—Hola, Pietro.

El tío tenía en la mano un fémur medio descarnado. Parecía querer mirarlo al trasluz.

—Un pobre hombre que se ha quemado con ácidos —susurró—. Vea… La carne aún huele. ¿Le apetece tomar algo? ¿Vamos al bar a por un bocadillo?

Pietro se pasó el dorso de la mano por la boca.

—No, no… Ni hablar. Oiga, Secco, usted fue el que hizo la autopsia a lo que quedaba de Nicola Guarnieri…

—Sí, hijo sí. Soy especialista en restos que nadie quiere. Menudo espectáculo el del fiambre… Bueno, de lo que quedaba. Incluso cené menos esa noche.

—¿Cuánto pesaban los restos?

El otro le miró sorprendido.

—¿Qué? ¿El peso dice? ¿Para qué le interesa?

—Supongo que lo tomaron.

—Bueno, ése es un dato que yo siempre tengo en cuenta… Sí, ciertamente, pesé los restos. Hacían setenta kilos sin ropa. Gramo más, gramo menos… Si quiere miramos la ficha.

Amalfi tuvo que cerrar un momento los ojos.

—No, gracias, no va a hacer falta.

—Bueno, ¿pero qué importancia tiene eso del peso? ¿Es que a los lectores de su bendito periodicucho les interesa eso? ¡El único peso sobre el que deben querer saber cosas es el de Raquel Welch, maldita sea! ¡Pero mira que interesarse por los setenta kilos de un fiambre hecho migas…!

—Gracias, profesor Secco.

—No hay de qué. Los periodistas cada vez más chalados y dando noticias que interesan menos… Hala, hala. A la calle. Tengo trabajo.

Pietro Amalfi salió. Debía confesar que la cabeza le daba vueltas, aunque no veía la menor relación entre una cosa y otra. Fue al periódico.

Y tampoco pudo escribir una línea. El espacio que le reservaban fue utilizado para una entrevista con Rivera, el discutido «niño de oro» del fútbol italiano. El director empezó a mirarle de soslayo.

—Oye… Una temporadita más larga en la cárcel quizá te iría bien, ¿eh, Pietro? Dicen que refresca las ideas…

—Le juro que voy detrás de un asunto que vale la pena.

—Pues empieza por contar algo a los lectores, cuerno.

—Si explico algo, aunque sólo sean unos detalles, todo se estropeará.

—Pues, si no cuentas nada, el que se va a estropear serás tú. Procura que mañana se te hayan aclarado las ideas. No voy a publicar otra vez una interviú en la que Rivera dice que Rivera es muy bueno. Tú mismo.

Se largó mascando leches. Pietro Amalfi se dio cuenta de que, desde luego no iba a recuperar demasiado aprisa su posición en el

periódico si seguía así. Pero una sola idea le obsesionaba.

Al día siguiente volvió a Vía Lombardi.

Por supuesto, ya no se movía nadie detrás de la ventana por la que había caído Guarnieri y junto a la que murió el fiscal Granzi. La oficina estaba rigurosamente cerrada. Pero ahora la calle estaba muy concurrida y había un par de coches estacionados indebidamente. El inevitable guardia les dejaba la multa en el parabrisas. Pietro buscó con los ojos al vendedor de postales.

No estaba.

Del tenderete no se veía ni rastro.

El joven se puso un cigarrillo entre los labios y anduvo hacia el guardia perezosamente. Una señora impresionante, meneando la popa, casi tropezó con él. El guardia se olvidó instantáneamente de que estaba poniendo una multa.

La magnitud del Imperio romano quizá se explicaba por el hecho de que los Césares querían más y más esclavas como aquella tía. Y había que ir a buscarlas adonde fuese. El guardia puso cara de Nerón mientras gruñía algo que guardaba estrecha relación con un mueble de cuatro patas al que se pone un somier encima.

Luego vio a Pietro Amalfi.

—¿Usted es el dueño del coche? Porque la ha hecho buena…

—No. Soy periodista del Giornale Sera. Éste es mi carnet. Quería ver al hombre que vende postales en la esquina.

—Ah, pobre tipo…

—¿Es que le ha ocurrido algo?

—Un accidente.

Pietro sintió que la boca se le quedaba seca.

—¿Ha muerto?

—Dígalo usted mismo. Dos coches que le emparedan. Uno que se detiene de pronto cuando el pobre tipo pasaba por detrás. El otro que viene lanzado, no cuenta con que el de delante se detenga y no llega a tiempo de frenar. Total, el pobre fulano emparedado entre un portamaletas y un capó. Y encima eran dos «132», los dos con coraza dura. Del vendedor no han quedado más que piezas sueltas.

Pietro Amalfi apretó los labios.

Su boca seguía estando espantosamente seca.

—Gracias —dijo—. Siento lo que ha pasado, agente.

Y volvió pensativamente a la otra acera. Sentía que todo daba

vueltas en torno suyo, que la calle vibraba y vibraba dentro de su propio cráneo… El zumbido de un camión al pasar le produjo tanto sobresalto que necesitó apoyarse en la pared. Las fuerzas le fallaban. No parecía el mismo.

Porque ahora se daba cuenta de que a pocos pasos se acababa de cometer un nuevo asesinato.

Pero ¿por qué? ¿Sólo porque un hombre había visto caer dos sacos durante una reparación? ¿Es que eso tenía alguna importancia? ¿Es que había alguna relación? Todo aquel maldito lío, ¿por qué? ¿Por qué?

Vaciló y estuvo a punto de caer. Era absurdo. Nunca le habían fallado las fuerzas tanto como ahora. Ni que estuviera drogado. Menos mal que la tía del balanceo sensacional se acercaba otra vez.

Pietro Amalfi se agarró a buen sitio.

# Capítulo VI

## LOS MUERTOS QUE DESCANSEN

Pietro se introdujo en el despacho del juez Siccari. El juez Siccari era viejo, desengañado, ligeramente cínico. Estaba rodeado de libros escritos por hombres viejos, desengañados, ligeramente cínicos. El derecho de tal… El derecho de cual… Cuarenta siglos de civilización que no ha llegado a gran cosa estaban tapizando aquellas paredes. En el despacho había bustos en yeso de juristas que siglos antes habían muerto de asco después de leer uno de sus propios libros. Las paredes se caían de viejas. En el lejano 1946, alguien había escrito en una de ellas: «LA GIUSTIZIA E LA MESMA PER TUTTI».

Siccari se quitó las gatas.

—¿Por qué pregunta si he cerrado el caso Guarnieri? —musitó —. ¡Naturalmente que lo he cerrado! Queda abierto un sumario en el que se reclama la presencia del supuesto asesino, claro, pero eso es todo. En cuanto a Guarnieri, sus restos han sido sepultados y ya nada hay más que hablar. A los muertos déjeles que descansen.

—No se trata de eso, señor juez. Lo que quisiera es ver el sumario. Ya sabe que yo formé parte de los que declararon en el mismo.

—Por descontado. Usted sería el primer testigo de cargo si el asesino llegara a ser hallado. ¿Pero por qué quiere ver el sumario? Me parece que aún es secreto. En fin, claro que lo es. Resulta lógico, cuando aún no ha sido hallado el asesino.

—De todos modos le ruego que me deje verlo. Quiere comprobar detalles. Y se lo pido por una razón muy poderosa.

—¿Cuál?

—El asesino ha vuelto a actuar otra vez.

Siccari le miró sorprendido: Estaba claro que no le creía, porque en la vieja Roma hasta los asesinos son gente moderada, gente que tiene un cierto equilibrio, un cierto amor por la diplomacia. No golpean en el mismo clavo demasiadas veces.

—¿Por qué lo dice? —musitó.

—Otro testigo de cargo ha muerto.

Y el joven mostró las fotografías que se habían obtenido de los restos del vendedor de postales. Eran estremecedoras, pero todas las de accidentes similares lo son. El juez no se impresionó en absoluto.

—Bueno… Apisonado entre dos coches. Por desgracia no es algo tan raro. ¿Qué le hace suponer que se trata de un crimen?

—Entre otras cosas, que los dos coches se dieron a la fuga.

El juez estiró el cuello.

—¿Quién lleva el asunto? —farfulló.

—El juzgado diecisiete.

—Estaré al tanto de eso por si preciso unir documentos al sumario. ¿Quién iba a imaginar que…? En fin, ahí tiene el sumario. ¡Lidia!

Una señora monumental entró. Era una de las secretarias. Cada vez que movía las nalgas, temblaban las paredes. Los viejos leguleyos que habían escrito todos los libros amontonados allí, temblaban en sus tumbas.

Pietro Amalfi tembló también.

La chica le miraba con los ojos entornados.

Con voz velada, el juez Siccari preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Se conocen?

—Hace poco por poco me caigo en la calle un poco —dijo Amalfi sin saber muy bien lo que soltaba.

—¿Ah, sí?

—Claro y he tenido que agarrarme a algo.

—¿De verdad?

El juez Siccari estaba interesadísimo.

—Sí —confesó Amalfi—. Diga, señorita… ¿Ha sido al pecho derecho o al izquierdo?

—Yo diría que a los dos.

—Pues ha sido providencial. Me ha salvado usted la vida. De lo

contrario, me doy de cabeza contra un autobús.

Siccari quedó de piedra. Y pasó el sumario a Amalfi mientras susurraba:

—Tome. Puede leerlo, pero no lo saque de aquí.

Pietro se colocó en una mesa solitaria y repasó con atención los folios de papel sellado. Tuvo que reconocer que ya lo sabía casi todo sobre aquel asunto. Muy pocos detalles de los que constaban allí los había ignorado hasta entonces.

Vio los informes de la autopsia. Las fotografías del edificio. Las mediciones técnicas de la ventana. Los relatos de la policía. Y lo que él mismo había dicho, como testigo de excepción del crimen.

Mientras tanto Siccari firmaba unas sentencias que ni siquiera había leído.

Levantó la cabeza para preguntar:

—¿Conforme?

—Sí. Todo está perfecto, excepto la identidad del asesino. Eso es lo único que falta por aclarar. Es un sumario de los que pueden considerarse cerrados en cuanto a la víctima, y sin embargo…

—¿Sin embargo, qué, señor Amalfi?

—Nada. Sólo que tengo un moscardón negro clavado en el fondo del cerebro.

—Échele

D. D. T.

—dijo el juez.

Y se llevó de nuevo el sumario como si dijera: «Asunto concluido».

Amalfi salió de allí con la sensación de que la cabeza le daba vueltas. Anduvo por la vieja Roma, la de los templos y de los palacios, la de las pizzerías y las señoras con buena retaguardia, hasta situarse otra vez como un sonámbulo ante la gran superficie vacía de Piazza Navona. En el periódico no había apenas nadie a aquella hora. La edición estaba cerrada. Abajo se oía el runruneo de las máquinas.

Luisa se acercó a él.

Luisa siempre había tenido buenas piernas.

Buen sistema delantero para criar niños.

Buen sistema trasero para empujar en el autobús.

Buena mirada de ojos cariñosos y tiernos para animar a la gente.

—¿Deprimido, Pietro?

—No lo sé.

—Hace un par de días que vas como un fantasma… Y no sé de qué te quejas, maldita sea, porque eres un periodista de suerte. Toda Italia ha leído tu informe acerca de la muerte de Nicola Guarnieri. En dos días otra vez famoso… ¡Hala! Y encima mala cara.

—No, no es eso —dijo él con voz opaca—. Es que no estoy seguro de haber dicho la verdad.

—¿Que no has dicho la verdad? ¿Pero a qué viene eso? Tú no mientes nunca…

—He intentado no hacerlo. No puedo engañar al hombre que confía en mí cada tarde al abrir mi periódico. Pero es que tengo miedo de haberme equivocado en algo. En algo que no sé lo que es.

—Deja de pensar en ello, Pietro. Si no sabes lo que es, olvídalo. Acabarás volviéndote loco.

Él inclinó la cabeza.

—Tal vez.

Luisa se sentó. Sus piernas largas y bonitas. Su busto compacto. Sus ojos tiernos de mujer que espera decir que sí.

Pero Pietro Amalfi, idiota de él, pensaba en otra cosa.

—Voy a escribir algo que quizá no tiene sentido —dijo bruscamente.

—¿Qué?

—Que el caso Nicola Guarnieri no puede darse como cerrado. Que pienso investigar. Y que llegaré hasta el fondo de un asunto que no veo nada claro, prometiendo informar cada tarde a los lectores.

Ella frunció los labios.

—¿No estás intentando simplemente llamar la atención, Pietro?

—Tú sabes que no. Me conoces bien, Luisa. No haría eso sólo para que los lectores me siguieran y para engañarles luego.

—¿Pero qué es lo que piensas del caso Guarnieri?

—No lo sé… A veces tengo la sensación de que estoy borracho, pero sin embargo hay algo… hay algo, seguro que sí. Y tengo que llegar hasta el fondo.

Se puso ante la máquina y tecleó. Fue un artículo breve, en el que daba cuenta de la muerte del vendedor de postales y se negaba

a admitir que fuese un simple accidente. Luego prometía seguir la investigación y llegar hasta el fondo del asunto. Lo dejó sobre la mesa del director rogando que lo publicasen en un recuadro y en primera plana.

Luisa musitó:

—¿Por qué no cenamos juntos, Pietro?

—Por una sola razón.

—¿Cuál?

—Eres demasiado tentadora.

Luisa rió quedamente.

—Si quieres me visto de monja, Pietro.

—Peor.

Y rió. Había sido una broma. Pero la expresión reconcentrada, adusta, no se separó del todo de su rostro.

Salió a la calle.

Otra vez los mil ruidos de Roma. Otra vez los viejos palacios que tanto había añorado. Otra vez aquella cosa que parecía palparse en la magia de la ciudad: la sombra de los Césares y, sobre todo, de las queridas de los Césares.

No se dio cuenta de que alguien había quedado atrás. No se dio cuenta de que alguien que estaba a punto de entrar en la redacción había oído su conversación con Luisa, deteniéndose en el último momento y desistiendo de entrar.

No se dio cuenta de que aquel «alguien» era una mujer. Era Carola.

# CAPÍTULO VII

## LLAMADA AL ANOCHECER

Luisa estaba trabajando aún en la sección de información local cuando sonó el teléfono de su mesa. Lo descolgó.

—¿Sí?

—Hola, Luisa. Soy Pietro.

—Caramba… Bonita sorpresa a estas horas. Ya iba a largarme. Por cierto, el director publicará tu recuadro en primera plana.

—Gracias.

—¿Para qué me llamas? ¿Es que de pronto te has liado la manta a la cabeza y quieres salir con una mujer descocada?

—Bueno, quizá no sea eso exactamente. Pero quisiera verte, Luisa. Hay algo de lo que hemos de hablar.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—No te sorprenda el sitio.

—No, hombre… Dímelo.

—El cementerio de San Giorgio.

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué allí precisamente? No me parece un sitio demasiado perfecto para hacerse el amor.

—Nadie ha dicho que vayamos a hacernos el amor.

—No me vengas con mandangas. Esas cosas siempre acaban igual.

—Tal vez sí, pero en todo caso te prometo que no estaremos demasiado tiempo en San Giorgio. Desde allí nos iremos a otro sitio.

—Bueno, hombre, bueno… Ya me pondré ropa interior nueva. ¿Cuándo?

—Dentro de media hora, junto a la entrada principal.

—No me das mucho tiempo, pero en fin… Voy allá.

Y colgó.

Nadie, desde las mesas contiguas, había oído la conversación, pero Luisa sospechaba que tal vez la telefonista, que era una zorra con las patas torcidas, la había captado. Por lo tanto hizo un guiño como si la otra pudiera verla, se levantó y se fue.

Tomó su pequeño «Innocenti» y empezó a sortear el diabólico tráfico romano hasta llegar al Trastevere. Ya habían caído por completo las sombras de la noche, y desde las trattorias hasta los pequeños restaurantes familiares, todo estaba lleno de gente. Sin embargo, el panorama cambiaba por completo cuando uno tomaba, a la derecha, el camino que lleva al recoleto cementerio parroquial de San Giorgio. Allí las siluetas de los cipreses eran manchas negras en un panorama más negro aún. No había una maldita luz. San Giorgio, albergaba los restos de una cierta burguesía romana que había empezado hablando de Garibaldi y había terminado hablando de Mussolini, pero que había dejado de existir en 1945. Ahora las cosas eran distintas —pensaba Luisa mientras conducía nerviosamente—. Ella, como periodista, lo sabía bien. La vida era mucho más agitada, mucho más cambiante: las llamadas «virtudes burguesas» habían dejado de existir. El mundo iba hacia una era nueva, quizá más angustiosa aún, y que nadie podía predecir cómo terminaría.

Detuvo el coche. La luz de los faros rasgó las tinieblas. Un par de lechuzas de ojos brillantes se escondieron. A lo lejos, muy lejos, un perro hambriento empezó a aullar.

La muchacha descendió.

Sólo las luces de sus faros alumbraban aquello.

Oía el crujido de sus propios pasos sobre la gravilla.

Por lo demás, el silencio era angustioso.

Hubiera podido cortarse con un cuchillo.

—¡Pietro! —llamó—. ¡Pietro!

Nadie le respondió.

Las tumbas situadas al otro lado de la pared eran refugio de docenas de gatos. Todos parecieron moverse al mismo tiempo, produciendo un extraño susurro de sedas.

—¡Pietro!

Luisa arqueó una ceja. Le extrañó aquel silencio, porque Amalfi no era un bromista. No la hubiera atraído hasta allí para darle un susto simplemente. La explicación tenía que ser sencilla: ella había llegado antes.

«Esperaré en el coche —pensó—. Cerraré bien y allí no me dará miedo esperar».

Porque la verdad era que sentía miedo.

Y frío en la espalda.

Y un temblor que le apretaba las rodillas…

Volvió al coche y se encajó bien en el asiento. Apagó los faros para que no la viesen. Un poco como los avestruces, pensaba que si ella no veía no la veían a ella y el peligro se alejaba. Respiró hondamente mientras ponía un cigarrillo en sus labios.

Rascó un fósforo para encenderlo.

Y entonces vio la mano.

La mano apoyada en el respaldo del asiento derecho, a su lado.

Alguien… ¡había entrado en el coche mientras ella estaba fuera!

Pero no se trataba de una mano muerta.

La mano se movía.

Era suave.

Casi viscosa.

¿Una mano de mujer tal vez? ¿Una mano de…?

Luisa no tuvo tiempo de comprobarlo. No tuvo tiempo de pensar. Sus ojos desencajados intentaron mirar hacia allí.

Y entonces sintió la respiración jadeante en su nuca.

El aliento cálido.

Casi viscoso también.

Aquel aliento caía justo en el lugar donde había de clavarse el cuchillo un segundo después. La hoja de acero penetró como una lengua ávida. La cabeza de Luisa sufrió una sacudida brutal.

Las manos arañaron el aire.

Su cuerpo, al caer, oprimió el claxon un momento. Se oyó la llamada patética junto al cementerio. Los gatos volvieron a moverse inquietos y el perro lejano volvió a ladrar.

Dos manos apartaron el cadáver casi con dulzura. El claxon dejó de sonar. Las sombras se cargaron otra vez de silencio.

A lo lejos, en los campos desiertos, el perro lanzó su último alarido.

# Capítulo VIII

## LA VOZ DEL MAS ALLÁ

Pietro Amalfi entró en la redacción a la mañana siguiente. Se sentía fresco y descansado después de una noche apacible. Los fantasmas de su cerebro parecían haberse esfumado. Ya no sospechaba de tantas cosas ni le parecía todo tan misterioso. Incluso pudo silbar una cancioncilla.

Llegó a su mesa.

Le extrañó que hubiese alguien allí.

Vio las manazas rudas.

Los ojos despectivos.

El inspector Pavoni le colocó la argolla en la muñeca derecha con la habilidad del que en su vida ha hecho otra cosa. Pietro masculló.

—¿Pero qué pasa?

—Luisa ha muerto.

Él abrió mucho la boca. Se dio cuenta de que quizá aquello era cómico, pero no pudo evitarlo. De repente las cosas dieron vueltas en torno suyo. Cayó sobre la mesa.

Le pareció que su propia voz sonaba muy lejos:

—¿Dónde? —balbució.

—En el cementerio parroquial de San Giorgio.

—Es… imposible.

—La telefonista oyó que usted la citaba media hora antes de la muerte. Reconoció su voz. Y ahora dígame dónde estaba ayer a las diez de la noche.

—Creo que… me había acostado.

—¿Solo?

—Pues… sí.

—Pues lo siento por usted. Acostarse sólo siempre es una lástima, pero ahora, además, ha sido una equivocación. No tiene testigos. Venga conmigo, Amalfi.

En la redacción se hizo un espantoso silencio.

Nadie se movía.

Sólo uno de la sección de Deportes gritó:

—¡Yo respondo por él! ¡Pietro no puede haber hecho eso!

Pero Pavoni ya no le oía. Maldita la falta que le hacía escuchar aquello. Se lo llevó de un tirón al coche policial que esperaba en la puerta trasera, por donde los periódicos ya impresos eran cargados en los camiones. Un momento después el joven estaba en los locales de la Brigada Criminal. Por desgracia para él, ya los conocía.

—Ya sé que es una prueba endeble —dijo Pavoni—, pero la telefonista está dispuesta a declarar contra usted. Reconoció la voz perfectamente.

Y se sentó sobre la misma mesa. Se hizo servir café y se manchó la camisa. Tenía los ojos cargados de sueño del tío que se ha pasado la noche sin dormir. Uno de sus zapatos estaba desabrochado y llevaba los calcetines sucios.

—La telefonista llevaba mucho tiempo sin oírme hablar —dijo —. Demasiado tiempo. No pudo reconocer mi voz tan fácilmente.

—¿Y Luisa? ¿Luisa tampoco?

—¡Quiero ver el cadáver! —gritó Pietro desesperadamente mientras se asía con las dos manos a la mesa—. ¡Quiero ver el cadáver!

—¡Mierda! ¡No vas a ver nada hasta que hables! ¡Dime, si no eras tú, por qué te reconoció Luisa!

—Alguien imitó mi voz… —dijo desmayadamente Amalfi.

—¿Quién?

—Un hombre, sin duda.

—Vaya… ¡Pues sí que hemos llegado lejos! Un hombre. ¿Quién? ¿El entrenador del Inter?

—Tuvo que ser un actor.

—Estupendo… ¿y para qué?

—Para atraer a Luisa a una trampa en la que apareciera complicado yo. Lo malo es que no conozco ningún actor que quiera

hundirme.

—Tienes razón. Ni falta que te hace. Te has hundido tú solito. Y no creas que vas a tener una oportunidad esta vez. A un tipo que ya ha estado en la cárcel no se le deja que pruebe de nuevo.

—Pero… ¿es que no lo comprende? ¿Qué interés podía tener yo en matar a una pobre muchacha como Luisa?

—Puede que ningún interés real, pero puedes tener un interés imaginario. Hay gente que en la cárcel se trastorna. Y déjate ya de mandangas. Confiesa de una vez y puede que salgas mejor librado de lo que piensas.

Pietro apretó los puños con un gesto de desesperación.

La angustia subía en oleadas hasta su boca.

Pese a tener el estómago vacío, le dominó la sensación de que iba a desocuparlo todo.

De pronto silabeó:

—Renzo…

—¿Renzo qué…?

—Renzo, el imitador de voces de la radio. Yo he hablado muchas veces por su emisora. Tienen grabada mi voz. Pudo entrenarse perfectamente antes de imitarla por teléfono.

Pavoni le miró como si él fuese un fantasma.

—¿Pero para qué iba a hacer eso? Renzo es amigo tuyo.

—Alguien le pagó para que lo hiciera. Y él no pensaba que fuese algo grave. Hasta quizá incluso le convencieron de que me hacía un favor.

Pavoni chascó los dedos. Renzo era bastante popular y no convenía meterse con él. Pero también Pietro Amalfi era popular y no podía permitirse el lujo de despreciar una prueba que él le sugería. Tomó una decisión rápida.

—¿Dónde vive Renzo? —Gruñó.

—Vía Condottiero, 12.

—¿Vive solo?

—O con algún amigo a veces.

—¿Por qué?

—Es marica.

Pavoni lanzó un gruñido.

—¿Ves? Eso no lo sabía. ¡Y pensar que una vez me cambié de ropa delante de él! Uno no está seguro ni en la radio. ¡Eh,

muchachos…! ¡Vamos allá!

Dos agentes remolones subieron al «Fiat 125» con Amalfi y con Pavoni. Rodaron hasta Vía Condottiero, un lugar tranquilo, agradable, con chalets construidos hace cuarenta años, cuando el terreno no valía su superficie en oro. El de Renzo tenía un pequeño jardín lleno de estatuas representando a atletas desnudos.

Pavoni llamó.

Nada.

Volvió a llamar.

Silencio.

Mascullló:

—¡Leches!

Aunque no tenía orden judicial, forzó la puerta, Renzo estaba en su cuarto de baño, desnudo, y tomando lo que tenía que tomar allí: un baño. Lástima que el líquido empleado para eso fuera su propia sangre.

Pavoni arrugó la nariz. Cerró la puerta, fue a un armario, tomó una botella de «Grappa» y se atizó un trago capaz de hacer ver dos mujeres en lugar de una. Después mascullló:

—Amalfi.

—¿Qué?

—Llévale flores.

—¿Cuando lo han matado?

—Hará una hora. Y hace una hora tú estabas conmigo.

—¿Se da cuenta, Pavoni? Él imitó mi voz sin darse cuenta de que eso era grave. La había imitado muchas veces en fiestas y sitios así. Y ahora le han silenciado porque, muerta Luisa, tenía que morir él. Ya sé que eso no tiene sentido, porque las razones de la muerte de Luisa son inexplicables. Pero todo ello demuestra que yo no pude hacer eso, Pavoni. Yo no pude hacerlo…

Sus ojos brillaban con una especie de rabiosa desesperación. Pavoni se dio cuenta de que aquel hombre iría hasta el fin del mundo para caer sobre el asesino. Y de pronto tuvo una inspiración de viejo policía que quiere contar con ayudantes gratis. Apretó los puños y mascullló:

—Quedas libre, Pietro. Pero no te vayas de Roma. No te enredes con furcias hasta que hayas aclarado esto. Y llámame cada noche.

—De acuerdo, Pavoni. Diré que lo ha resuelto usted.

—Hombre, pero sin exagerar… Tú puedes atribuirte el cinco por ciento del éxito. Me parece justo.

—Perfecto, Pavoni. Yo pongo el cinco por ciento del éxito y el noventa y cinco por ciento del cadáver. Pero no me sabe mal. Saldré adelante aunque sea la última cosa que haga en mi maldita vida. Lo juro.

Y fue a largarse a pie. Pavoni dijo:

—Que mis agentes te dejen en la parada del trolebús, hombre… Un tío al que vamos a enterrar antes de una semana… ¿qué necesidad tiene de cansarse?

# Capítulo IX

## TRAS LAS HUELLAS

Pietro pidió permiso en el periódico durante lo que quedaba de semana para poder profundizar en aquel cochino asunto. Y aquel día hizo muchas cosas, docenas de cosas, pero sólo una fue importante. La única que realmente no hizo él. Consistió en recibir una llamada telefónica.

La voz era suave, chirriante.

La voz de un hombre que habla simulando su acento. Sin embargo, se le oía con perfecta claridad. La voz arrastró las sílabas al preguntar:

—¿Amalfi?

—Sí. ¿Quién es?

—No hace falta que me conozca.

—Oiga, si la policía le ha pagado para…

—La policía no me ha pagado para nada. Al contrario, les gustaría mucho oírme. Por si le sirve de algo, le diré que soy la última persona que vio con vida a Luisa dentro de su coche.

Pietro se estremeció.

El auricular le quemaba en la derecha.

—¿Por lo tanto es el hombre que…? —barbotó.

—Sí. El hombre que acabó non ella, si quiere saberlo. Y ahora oiga bien esto: Luisa no tenía que morir. Simplemente fue un aviso.

—¿Un… aviso?

—Sí. Con eso le quise demostrar que llego hasta donde quiero. La próxima vez será una mujer a quien usted aprecia mucho más. La próxima vez será Carola.

Pietro sentía odio, angustia y desesperación al mismo tiempo. Sus dedos blanquearon de tanto apretar el auricular mientras susurraba:

—Carola…

—Sí… Su prometida podría pagar lo mismo que pagó Luisa. Sé que ella le importa más que su vida, de modo que no pierdo el tiempo amenazándole a usted. Amenazo directamente a Carola. Y ya ha visto que no bromeo.

—¿Pero la amenaza para impedirme hacer algo? ¿Qué es lo que quiere a cambio?

La voz se hizo más chirriante al decir:

—Usted me vio matar a Nicola Guarnieri.

—Claro que… le vi.

—Pues bien, olvídese de eso. El asunto está cerrado y debe quedar cerrado. Es lo único que le pido a cambio de la vida de Carola. Si usted sigue insistiendo en su estúpida campaña periodística, ella… morirá.

Y la comunicación fue cortada. Pietro sujetó con las dos manos el auricular como si allí hubiera de encontrar una ayuda imposible. Aulló:

—Oiga… Oiga… ¡OIGA!

Nada.

El silencio le rodeaba como una maldición.

Fue al lavabo, metió la cabeza bajo el agua y estuvo un buen rato así. Luego se preparó un *whisky* doble. El odio le roía las entrañas, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que, si seguía por aquel camino, Carola estaba perdida.

Descolgó el teléfono otra vez. Discó un número nerviosamente.

—¿Pavoni?

—Un momento.

Pavoni se puso al aparato un momento después. Parecía muy excitado. Con voz silbante dijo:

—Estaba interrogando a un marica que conocía a Renzo, pero la cosa se ha enredado. El marica me ha hecho proposiciones. Al final ya no sabía si hablábamos de él o de mí. Menos mal que me has sacado del agujero, porque con lo poco que gano en este cochino oficio me voy a tener que buscar un suplemento de sueldo aunque sea visitando la villa romana que ese tío dice que tiene en el lago de

Garda. Oye… ¿es que ha ocurrido algo?

Pietro Amalfi lo contó todo con voz excitada. Pavoni le escuchó en silencio mientras sus facciones se tensaban.

—¿Has registrado la voz? —preguntó.

—No. ¿Quién iba a imaginarlo?

—En todo caso no hay duda que es el fulano que mató a Guarnieri. Y no hay duda de que despachó también a Luisa y hará lo mismo con Carola si tú le molestas. Pero en menos palabras, ¿qué infiernos estás investigando?

—En realidad, no lo sé… Son cosas que no concuerdan. Todo empezó por dos sacos de arena.

—¿Dos sacos de arena?

—Sí. Se lo contaré…

Y le dio cuenta de lo ocurrido. Le dio cuenta también de la muerte «accidental» del pobre tipejo que los había visto caer. Y eso le había puesto en el disparadero: algo no cuadraba. ¡Y él tenía que saber qué era!

Pavoni estaba lívido.

—La verdad es que no lo entiendo —balbució.

—Yo tampoco.

—¿Qué has averiguado de la vida de Nicola Guarnieri?

—Lo que usted ya sabe, Pavoni, y mucho mejor que yo: negocios sucios por todas partes. Basura en cada habitación. Miles de personas estafadas. Escrituras falsas. Terrenos que no existían. Apartamentos por construir. Y algunas desviaciones sexuales de ese tipo: le gustaba pegar a las mujeres antes de acostarse con ellas. Un sádico. Pero eso, ¿de qué sirve ya? Está más muerto que el Duce. Sus cenizas cabrían en una sepultura del Palacio de Justicia. No tenemos que hablar de Nicola Guarnieri, sino de su asesino.

—Es que su asesino tiene que estar en ese ambiente. Puede ser un estafado por los negocios de Guarnieri o tal vez el chulo o el amante de una mujer a la que él maltrató. Por eso te he preguntado. Hemos de hurgar ahí… ¡ahí! Hay que remover toneladas de basura. ¿Quieres protección?

—No. Sería peor. El asesino debe tener la sensación de que no le he llamado a usted para nada, Pavoni. Será mejor que ni vea la sombra de un policía.

—Bien. Tenme informado.

Y fue a colgar.

Pero en el último instante dijo:

—Pietro…

—¿Qué?

—No quería contártelo.

—¿Qué es lo que no me quería contar?

—Ojo con ella.

—¿Con quién?

—Carola.

Amalfi se estremeció.

—¿Por qué?

—Alguien la vio entrar en la redacción cuando tú hablabas con Luisa unas horas antes de la cita que acabó con ella en el cementerio. De pronto Carola salió. Pero había oído lo que decíais, supongo. ¿Fue algo cariñoso? ¿Algo que pudo hacerle pensar en un sucio engaño?

—No… Luisa y yo hablamos como dos compañeros que se tienen confianza. ¿Pero a qué viene todo esto?

—Pudo matarla por celos. Y estar de acuerdo con alguien que dice que es el asesino de Guarnieri. El que te acaba de llamar.

—Pero… ¡pero es absurdo! ¡Ese tipo acaba de decirme que la próxima en morir va a ser Carola!

—Justamente. El mejor sistema para evitar que tú sospeches de ella. Ni bordado. Y ahora adiós, amigo. Suerte.

Colgó.

Pietro Amalfi quedó con la mano en el aire, mirando el auricular como si éste fuera el brazo de un fantasma.

Otra vez el moscardón negro parecía haberse hundido en el fondo de su cráneo. Otra vez movía allí sus alas cargadas de miasmas.

# CAPÍTULO X

## PERSECUCIÓN HASTA EL INFIERNO

Pietro Amalfi estaba dispuesto a llegar hasta el fin. Sabía lo que se jugaba, pero sabía también que no iba a retroceder. Ahora no… En una Roma que de pronto le parecía desconocida, alguien acechaba y él tenía que saber quién era. Tenía que atacar. Tenía que buscar aunque fuera en el infierno.

Puesto que después de salir de la cárcel se encontraba sin coche, alquiló uno para poder desplazarse mejor a las poblaciones cercanas si hacía falta. No sabía dónde iba a tener que hurgar. Se hizo con un «Ferrari» de dos plazas capaz de volar por las autopistas y de aparcar en poco espacio. Y se dirigió con él a un sitio que le obsesionaba desde tiempo atrás.

Vía Lombardi.

A aquella hora de la noche, todo estaba tranquilo también. Otro vendedor ambulante había sustituido al muerto. La vida sigue, aquélla era una buena esquina y había que explotarla. El tío estaba desmontando su tenderete.

Pietro se dirigió a la que había sido oficina privada del fiscal.

Fue a entrar en el portal suntuoso. Y en aquel momento oyó el rugido. Fue uno de esos rugidos que sólo se oyen en el circuito de Monza.

—¡Infiernos!

Sólo su agilidad le salvó. Sólo sus piernas de atleta. Rodó por la acera mientras el «132», lanzado a tope, venía a por él. Las ruedas subieron a la acera y chirriaron salvajemente.

Pietro intentó mirar hacia arriba. No podía ver al conductor,

aunque se daba cuenta que era un hombre. Gafas oscuras, sombrero echado sobre los ojos, solapas alzadas. El bólido pasó de largo.

Amalfi fue a cruzar la calle para perseguirle con su «Ferrari». Tenía una oportunidad. Dos transeúntes gritaron:

—¡Macarra!

—¡Caproni!

Un turista gritó:

—¡Son of bich!

Y dándose cuenta de que no le habían entendido, gritó luego en un latín macarrónico, creyendo que eso allí lo entendía todo el mundo:

—¡Fillium prostitutum!

Los insultos no se dirigían a Amalfi, sino al buitre del «132», que ya se estaba perdiendo de vista. Pietro se puso al volante de su «Ferrari». Dio gas.

El bólido salió disparado.

Un «132» era poco para aquello.

Recorrió la calle como una bala y desembocó en Piazza Armonía, donde había una serie de autobuses parados. El del «132» hizo un viraje brusco al darse cuenta de que el «Ferrari» se le venía encima. Chocó con uno de los autobuses, saltó de costado, subió a la acera y se metió en dirección prohibida. Pietro giró con salvaje brusquedad y cortó camino por una zona de hierba donde los conductores estaban hablando de la próxima paga. Los vio saltar en todas direcciones mientras el capó de su coche hendía al grupo como la proa de un barco. En última instancia confiaba en sus potentes frenos, pero no lesionó a nadie. Chocó contra un banco sin que la pareja que se besaba en él se diera cuenta, dejó medio desmontado un quiosco de periódicos, hizo que un tío que regaba la calle se metiera la manguera en la boca, envió al aire todos los paquetes de una fulana gorda y siguió él también en dirección prohibida.

Una serie de coches venían en sentido contrario. El del «132» los esquivó dando dos bandazos. Pero en vista de que no podía seguir, subió de nuevo a la acera y rodó a toda velocidad por el interior de unos porches.

La gente saltó en todas direcciones, pero una niña fue alcanzada. Pietro apretó los labios salvajemente mientras en su interior le

soltaba aquel tipo todo lo que hay en el diccionario y todo lo que no hay. Frenó bruscamente. Su «Ferrari» dio un bandazo. Evitó subir al porche y pasó por encima de un parterre recién plantado. Vio que el «132», por exceso de velocidad, perdía la dirección bruscamente.

Se oyó un tremendo estampido.

Acababa de meterse dentro de un escaparate. Todos los cristales saltaron. Los gritos debieron oírse hasta en el otro lado de Roma. En nada menos que el escaparate de un café. En él se leía en viejas letras doradas puestas en los tiempos de Víctor Manuel II: «Peña La Tranquilidad».

Lejos de detenerse, y a pesar de que tenía importantes desperfectos en el morro, el «132» aceleró. Había otra puerta al lado opuesto. Atravesó el café dando toda la potencia a su fuerte motor y enviando a las mesas por los aires. Los camareros empezaron a acordarse del chino sifilítico que violó a la madre del conductor. Varias botellas volaron. Alguien gritó:

—¡Esto es una provocación! ¡Es cosa de los neofascistas!

—¡Que no! ¡Que es de los comunistas!

—¡Son los fulanos del Ordine Nero!

—¡Ya te daré yo a ti, so macarra!

Fueron a formarse inmediatamente dos grupos cuando alguien aulló:

—¡Otro! ¡Otro…!

En efecto, el «Ferrari» había entrado por el mismo sitio. Su motor rugía. Se llevó por delante media docena de mesas mientras toda la pared del lado opuesto del café parecía hundirse.

El «132» acababa de salir por la otra puerta después de derribarla.

El «Ferrari» chocó contra la barra.

El cajero estaba contando la recaudación del día. Ni se enteró. La dueña del amo se estaba timando con uno de los camareros. Ni se enteró. El amo se enteró del coche, pero no de lo de su mujer.

—¡Malditooooo…!

Los dos coches habían salido casi pegándose a una calle comercial cuyo nombre no recordaban ni tuvieron tiempo de ver. Las luces de algunos escaparates aún estaban encendidas. La gente paseaba. Un guardia de tráfico empezó a silbar estentóreamente mientras sacaba su pistola.

Pietro Amalfi iba a atrapar al del «132».

Pero se dio cuenta entonces de algo, cuando los parachoques casi se tocaban. Otro «132» estaba tras él. Venía lanzado. En realidad él iba a quedar emparedado entre dos coches iguales y con carrocería mucho más potente que la suya.

¡Lo mismo que le pasó al vendedor de postales!

¡Iban a plancharle en su propio coche!

El de delante se dio cuenta también. Se detuvo mientras Pietro no tenía más remedio que frenar salvajemente. El de atrás le embistió de lleno, enviándolo contra el delantero.

El «Ferrari» se arrugó. Se convirtió en gran parte en una masa de chatarra roja. El motor lanzó un terrible crujido.

El que le había embestido por la parte posterior hizo marcha atrás para embestir de nuevo. Amalfi se dio cuenta de que aquello sería quizá definitivo y pudo meter la marcha atrás también. El «Ferrari» obedeció. Se salió en unos segundos del espacio fatal, haciendo una finta que hubiera dejado con la boca abierta a un piloto de carreras.

El «132» de atrás venía ya lanzado.

El motor rugía. Los neumáticos echaban chispas. Toda la estructura parecía a punto de estallar.

Por poco se estrella contra su compañero. Pudo frenar a tiempo y dar un bandazo. Un
«R-5»
que estaba estacionado junto a un vado quedó materialmente destrozado.

Los dos «132» siguieron corriendo, pero ahora el «Ferrari» iba tras ellos. La persecución se había complicado aún más. Los bólidos dieron la vuelta completa a la plaza mientras la gente se lanzaba hacia las aceras y sonaban silbatos por todas partes.

El segundo «132» volvió a perder la dirección. Enfiló la larga barra de un bar al aire libre donde estaban sentados al menos una docena de bebedores. Éstos vieron venir al bólido justo siguiendo la línea de las banquetas.

Hubo quien batió el récord de los cien metros lisos.

Hubo quien batió el del salto de altura.

Y hasta el de salto de pértiga, sin pértiga.

Todo el mundo quedó arracimado al otro lado de la barra. El

dueño del bar, que era turco, se puso a maldecir en turco, lo cual es una de las cosas más solemnes que puede hacer un hombre. Hasta las cercanas estatuas del Foro se volvieron rojas, y eso que en tiempos de la vieja Roma las maldiciones también tenían su miga. El «Ferrari» se estrelló contra aquella barra, la hundió en parte, hizo una finta, esquivó a una señorita que había salido a ver qué pasaba, patinó junto a un árbol y dio salvajemente gas al enfilar de nuevo la recta.

Uno de los «132» fintó. Intentó colocarse de nuevo tras suyo. Pietro dejó que lo consiguiera y que casi le empujara con el parachoques.

Y de pronto fintó él también. Fue un movimiento brutal durante el cual obligó a subirse a la acera a un autobús que venía en dirección contraria. El «132», que iba a empujarle con todas sus fuerzas, se encontró de pronto ante el vacío. Ya no pudo rectificar.

Atravesó materialmente la calle.

Venía otro autobús.

Lo esquivó.

Pero no pudo esquivar el camión que estaba materialmente detrás. Quedó empotrado entre los dos vehículos. El «132», pese a las poderosas protecciones de su carrocería, pareció estallar en el aire.

El cuello del conductor se rompió por tres sitios.

Los dientes quedaron casi clavados en el parabrisas.

Pietro detuvo el «Ferrari» un poco más allá, pasada la esquina, donde no pudieran verlo. El primer «132» ya se había perdido. Mientras avanzaba a pie compró tranquilamente un periódico en cuya primera plana decía:

POR FIN HABRÁ TRANQUILIDAD
SEVERAS NORMAS PARA REGULAR EL TRÁFICO EN ROMA

## Capítulo XI

## OTRA VEZ ANTE EL ENIGMA

El médico dejó que Pavoni levantara la sábana que cubría la cara del muerto. Pavoni hizo una mueca. Había visto muchos fiambres, pero pocos con la cabeza tan destrozada como aquél. Bajó la sábana y se puso maquinalmente un cigarrillo en los labios.

—Pietro —dijo—, ¿quieres verlo?

—Lo he visto antes, inspector.

—¿Es el que mató a Nicola Guarnieri?

—No.

—¿Seguro?

—Rotundamente, no.

—Lo imaginaba. El fulano que he visto muerto ahí es un pájaro de poca categoría para atreverse con un fulano como Guarnieri. Un pájaro que vuela muy bajo. Buen conductor, pero nada más que eso. Se dedicaba a alquilarse para bandas que atracaban Bancos. Él era siempre el que esperaba fuera con el coche en marcha. Seguro que alguien le alquiló también para hacer este trabajo, pero nada más que eso.

—¿Alquilarle? ¿Quién?

—¿Cómo puedo saberlo? El que mató a Guarnieri, sin duda. El que te habló a ti por teléfono. Apostaría diez contra uno a que iba en el primer «132».

—No pude elegir —dijo Pietro—. O uno u otro. Ése fue el que pude enviar al infierno con más facilidad.

—Por supuesto. Y no creas que es poca cosa. Pero lo malo es que ha muerto un peón y el rey sigue en juego. Las cosas continúan

como estaban. Bueno… Todas no. Ésos fueron los que mataron al pobre vendedor de postales en Vía Lombardi.

—¿Alguien los ha identificado?

—Al muerto sí.

Amalfi exhaló un suspiro de alivio.

—Pues al menos ya ha pagado. Ahora hay que atrapar al otro. Ah… Veo que soy un cebo de primera clase. Se han dado cuenta de que sé alguna cosa importante y vienen a por mí. Eso indica que las investigaciones están bien dirigidas.

—¿Pero qué investigaciones? —preguntó Pavoni en un rapto de sinceridad—. ¿Hacia dónde vamos realmente? ¿Qué sabemos, excepto que desde una ventana cayeron dos sacos de arena y que eso tiene su importancia?

—Nada, no sabemos nada, pero estamos en el camino que conduce a alguna parte —dijo Amalfi con convicción—. Seguiré.

Y pensó que quizá aquella noche tendría alguna inspiración, que daría con alguna pista. Pero en cierto modo ni eso hizo falta. La voz volvió a amenazar desde el espacio. Volvió a hablarle desde el infierno.

Cuando el teléfono sonó en el apartamento de Amalfi, éste sabía al menos una cosa: que el aparato estaba ya controlado por los hombres de Pavoni. Eso significaba que si él lograba entretener un poco al asesino, si él conseguía mantenerle al menos tres minutos hablando, el lugar de la llamada podría ser localizado con toda seguridad. Y una red muy completa de coches patrullas unidos por radio haría que los agentes llegasen a aquel sitio en quince segundos como máximo. El asesino estaría perdido.

Por lo tanto, casi le alegró oír aquella voz chirriante y un poco cansada. Aquella voz que no parecía auténtica porque arrastraba demasiado las sílabas. Casi le costó entenderlo todo cuanto dijo.

—Te has equivocado otra vez, Amalfi.

—¿Por qué? ¿Por no dejarme matar?

—Por haber seguido con las investigaciones. Éste es un asunto muerto y así debe seguir. No te he pedido más que una cosa: silencio. No es pedir demasiado. Pero tú has jugado tu carta y no me has dejado más remedio que jugar la mía. Habrá más sangre porque tú has querido. Ésa es mi advertencia.

—¿Más sangre?

Pietro recordaba a Nicola Guarnieri muerto. Recordaba a su hermana asándose viva. Recordaba al pobre vendedor de postales aplastado entre dos bólidos. A la niña lanzada por el aire en los porches y que estaba gravísima. A Luisa apuntillada junto a un cementerio. A…

—¿Más sangre? —balbució.

Sus dientes chirriaban de odio.

—Sí. Y ahora va a ser Carola quien lo pague. Te lo había prometido.

Amalfi consultó su reloj. Un minuto.

Sabía que los del servicio de escucha y radiogoniometría estarían trabajando como tigres. Mientras intentaba ganar tiempo, preguntó:

—¿Pero aún habrá la posibilidad de un pacto? No quiero que Carola muera.

—La única posibilidad es ésta: retírate. Ve una temporada al extranjero. Olvídate de todo lo que has visto.

—¿Quieres eliminar al único testigo de cargo que vio matar a Guarnieri?

—Quiero evitarme una preocupación estúpida. Lárgate y dime cuándo y cómo lo haces para que yo pueda cerciorarme. Ése es el único medio de que a Carola y a ti no os ocurra nada.

Pietro apretó los labios.

«Dime cuándo y cómo». Era perfecto. Eso significaba una referencia exacta para que el asesino pudiera matarle. De ese modo sí que se evitaría con toda seguridad «una preocupación estúpida».

Volvió a consultar el reloj.

Dos minutos.

—¿Qué tiempo tengo para pensarlo? —preguntó.

—Una hora.

—Es poco…

—Si lo decides, llama al

2 48 06

− 501 antes de que transcurra este plazo. Y no te molestes en buscar a qué sitio corresponde ese número. Es el de una agencia de transportes con doscientos empleados. Yo encontraré el medio de averiguar lo que has dicho.

Se oyó una leve risita.

Y luego nada.

Habían colgado.

Pietro volvió a mirar el reloj. Dos minutos y medio. No era mucho, pero quizá la policía había podido controlar ya la llamada. Esperó con todos los nervios en tensión.

En efecto, los hombres de Pavoni habían trabajado bien. Pocos tipos son tan listos como los italianos cuando una cosa les interesa de verdad. La llamada había sido localizada en una cabina telefónica de la Vía Cavour. El coche patrulla más próximo, situado en Vía Nazionale, salió despedido hacia allí.

Diez segundos… Veinte…

Ya estaban en la cabina.

Pero la vieron vacía. El pájaro había volado. Había dispuesto sólo de unos segundos y no podía estar lejos de allí.

Uno de los agentes vio algo en el suelo de la cabina.

—¡Parece una cartera! ¡Un momento, muchachos!

Con aquella pista podían conseguirlo todo. Abrió.

Y en aquel momento vio el resplandor de la muerte.

El estallido le dejó ciego.

Rompió sus tímpanos.

Le destrozó la boca abierta en un último y patético grito de horror.

La carga de plástico al tirar de ella un hilo sujeto a la puerta. La cabina desapareció.

Lo que quedaba del cuerpo del agente fue proyectado a gran distancia.

Se oyeron alaridos.

Los otros policías se lanzaron a tierra. Los cristales del patrullero saltaron. Una moto estacionada junto a la cabina se inflamó como si fuese una tea.

Y las llamas prendieron también en los restos del muerto. La gente llegó desde todas partes. Los coches se detuvieron. Policías que parecían haber estado acechando en las esquinas salieron blandiendo sus armas.

Pero nadie había visto nada. La mano del diablo había vuelto a golpear desde las sombras. Pavoni, que se acercaba al frente de sus hombres, sintió que la boca se le había quedado espantosamente seca, que le habían puesto en la lengua un pedazo de desierto.

# CAPÍTULO XII

## LO SIENTO, COMPAÑERA

Mientras bebía su tercer vaso de «chianti» en cinco minutos, mientras se aflojaba la corbata como si no pudiera respirar, barbotó:

—No puedo entenderlo, Amalfi. Todo lo dejó dispuesto en menos de medio minuto. Sabía que el teléfono estaba controlado. Y quiso demostrarnos que… que…

No pudo continuar. La voz se le quebraba al pensar en el compañero muerto. Pavoni, como todos los viejos funcionarios, era un poco sentimental. Volvió a atizarse un vaso de «chianti», que para eso está el vino: para matar los tristes sentimientos. Sobre todo cuando el vino lo paga el Gobierno.

Pietro dijo con un hilo de voz:

—… Para demostrarnos que es más fuerte que nosotros. De eso se trata. Para demostrarnos que nos desafía. Que somos basura a su lado. Es el asesino más pasmoso, más increíble con que se ha enfrentado jamás la policía italiana.

—Es cierto —dijo Pavoni—. Mata en el despacho de un fiscal y delante de testigos. Liquida además a un hombre a quien conoce toda Italia. Nos desafía una y otra vez. Hace reventar a un policía para que nos convenzamos de que es una locura perseguirle. Todo eso es para hacer intervenir a un psiquiatra. Hasta he pensado en contratar a uno, ¿comprendes? Un pesado de esos que enseñan en la Universidad y que nos puede hacer un retrato-robot del alma de ese sucio asesino.

—Ya sé lo que saldrá —dijo Pietro—; un desbordado sentimiento de superioridad. El alma de un hombre que durante años se ha

reído de todo el mundo. Que sabe que puede seguir riéndose. ¿Pero quién?

—Su sentimiento de superioridad es casi femenino —murmuró el policía—. A veces en las mujeres se dan esas cosas.

—¿Pretende decir que se trata de una mujer?

—No lo sé. Hay momentos en que no estoy seguro ni de lo que pienso. ¿Qué puedo decir? No lo sé…

—Yo vi un hombre al volante del primer «132» que quiso matarme —dijo el periodista—. El mismo que logró huir.

—Un hombre con sombrero, con gafas negras y con las solapas alzadas. Eso no significa nada absolutamente. Podría ser una mujer. Hay algunas que conducen como verdaderos pilotos de carreras, y encima su desprecio por los demás es sorprendente. Lo digo por aquella niña arrollada y que está entre la vida y la muerte.

Amalfi bebió también un poco de «chianti», pero le costó tragarlo. También era incapaz de fumar. De pronto un sentimiento lo estremeció.

—Carola está en peligro —dijo.

—¿De veras?

—¿Por qué esa manía, inspector? ¿Por qué piensa que ella puede estar metida en el asunto? ¿Se da cuenta de lo absurdo que es eso?

—Lo sé, Pietro, lo sé… Maldita sea. La historia clásica, la historia de las películas de los años cincuenta, la que hacía llorar a las criadas con permiso los domingos por la tarde. El hombre inocente que va a la cárcel, la novia fiel que le aguarda, el jefe rufián que trata de llevársela a la cama, ella que se resiste, el novio que sale y el cura que les casa a los dos entre nubes de «confetti». Ésta es tu historia y la de Carola. De acuerdo. Tú eres el buen muchacho inocente y ella la chica fiel. Sólo falta el cura. ¿Pero qué sabes realmente de la última parte de la vida de Carola? ¿Qué ha hecho durante este tiempo?

Él prefirió no contestar. Se puso en pie y fue hacia la puerta, dejando el despacho del inspector cuando ya empezaban a insinuarse las luces de la aurora y empezaban a apagarse las luces subvencionadas por el municipio de Roma. Salió con la americana al hombro. En la calle le acometió un estremecimiento de frío.

Fue a la pensión donde Carola vivía.

Mujeres solas.

Poca tolerancia con las visitas.

Una especie de madre abadesa puesta al frente del establecimiento. Buenos informes para entrar. Nada de vestidos descocados. Y un solo lema en la puerta: «De aquí a la sacristía con los testigos de la boda», Todas las hospedadas habían votado contra el divorcio cuando la gran derrota de la Democracia Cristiana.

Pietro era conocido.

Se metió en la habitación de Carola. Era la hora de ir al trabajo. Se oía en los cuartos de baño contiguos el chirrido suave de las duchas.

La muchacha que se estaba poniendo unos feos «*panties*» le miró de soslayo.

Era una desconocida.

—Carola se ha ido a trabajar una hora antes —murmuró—. Lo siento. Yo estoy aquí porque mi maleta se perdió en la consigna de la estación. Me ha dicho que, mientras llegaba, podía usar su ropa.

—Lo siento. He… he entrado sin llamar porque… Bueno, creí que estaría ella.

—Tú eres su prometido, ¿verdad?

—Sí.

—Ya me ha hablado de ti —se bajó la falda sin demasiada prisa —. Bueno, si quieres quedarte puedes hacerlo. Yo me voy al trabajo.

Llevaba un vestido de Carola y también se puso uno de sus abrigos. Mientras miraba el dinero que tenía en el bolso murmuró:

—Trabajo en una de las secciones de Alitalia, bastante lejos de aquí. La gente cree que todo eso de las compañías aéreas es una gran cosa, pero yo ya estoy que muerdo. Si encontrara un novio decente me casaba, te lo juro. Aunque fuera un periodista sin demasiado sueldo, como tú. Bueno, si te decides a cambiar, avísame. Alitalia, sección de pasajes a África. Buena salud, buenas referencias y buena popa. Adiós.

Se dio una palmada ella misma, a manera de publicidad gratuita. El chasquido sonó bien. Allí debajo había «materia». Pero no había motivo para cambiar. La «materia» de Carola, aparte de otras cosas, también era de primera clase.

Ella salió.

—Adiós, doña Gondolsfiera. Que Dios la bendiga por todas sus bondades. Le pagaré los atrasos la semana que viene.

La patrona se quedó tan conforme, mientras veía salir a la chica. ¿Pensaría quizá de veras que todas eran como ella querían que fuesen? Pietro se encogió de hombros y encendió un cigarrillo con gestos cansados. Así, a la luz irreal de la mañana, con el cabello caído sobre la frente, tenía un cierto parecido a Alain Delon. Desde la ventana vio a la chica que atravesaba la calle.

Parecía mentira que no se la hubiera llevado nadie aún, aunque fuera pasando por la parroquia. Tenía todo lo que hay que tener y un veinte por ciento más por subida de la vida. Fue a la parada del autobús, donde no había nadie. Y entonces vio Pietro aquel «124» que se detenía a cierta distancia.

Sus músculos se tensaron.

Lanzó un grito.

Pero aquel grito nadie lo oyó. Era inútil con la ventana cerrada. Era inútil también porque la chica estaba lejos. El cañón del rifle de precisión asomó sin prisas por la ventanilla.

Amalfi sintió el horror en el fondo de sus huesos. Era la segunda vez que presenciaba un crimen sin poder hacer nada por evitarlo. Rompió el cristal con un puñetazo salvaje. Fue a gritar de nuevo.

La bala brotó en aquel momento. Disparada con una precisión asombrosa, dio a la muchacha en mitad de la cabeza. Alzó los brazos en cruz y cayó hacia atrás sin exhalar un gemido.

Ni debió darse cuenta de que moría.

El rifle llevaba silenciador y nadie oyó el disparo. En la calle casi solitaria, el cuerpo quedó tendido como un triste fardo. Nadie relacionó aquella caída —que parecía no tener importancia— con el «124» que salió disparado hacia la esquina más próxima.

Desapareció como un rayo.

Un instante después la calle estaba llena de gritos y de carreras. Alguien avisó a la policía. Se oyeron las sirenas lejanas que parecían llamar a la muerte.

Pietro Amalfi sintió que la angustia quemaba en el fondo de sus entrañas.

Porque se daba cuenta de lo que aquello significaba. Porque las ropas habían hecho confundirse al asesino. Porque él, Amalfi, había visto en realidad morir a Carola.

Apretó los puños en una mueca salvaje.

Y atravesó brutalmente la ventana con la cabeza, intentando

salir. Pero la verdad fue que ni siquiera se dio cuenta.

## CAPÍTULO XIII

## UNA FACTURA SIN IMPORTANCIA

Pietro avanzó como un borracho.

Lloviznaba ligeramente y Roma tenía un aire tristón, macilento, pero suavemente íntimo, como si todas las cosas que en la vieja ciudad habían sido volvieran a ser. Los edificios se difuminaban en una suave capa gris. Las mujeres que caminaban aprisa, balanceando sus cuerpos, parecían más hermosas.

Vio la hermosa casa.

Una villa de ocho habitaciones, con piscina, cancha de tenis, garaje para cuatro coches y estatuas de viejas divinidades paganas entre los parterres de flores. Los Césares acostumbrados a tener esclavos, y sobre lodo esclavas, quizá hubieran envidiado aquello. Especialmente por el tenis, porque hubieran podido emplear como pelotas las cabezas de sus enemigos. Pero en 1975 aquél había sido el imperio de Nicola Guarnieri y había sido su cuartel general en los buenos tiempos. Ahora estaba vacío e incluso sin servidores. Nadie vuelve del Más Allá para pasar el fin de semana en su villa.

El joven atravesó la puerta, donde había un policía de guardia permanente. Pavoni le había dado licencia para registrar la casa del asesinado, aunque advirtiéndole que ya todo había sido repasado cien veces.

«No encontrarás nada. Las facturas que prueban los líos del muerto ya han sido retiradas. No hay huellas extrañas. Nadie ha entrado allí, y menos el asesino. También son ganas de perder el tiempo…».

Pero Amalfi quería probarlo por sí mismo. No podía arrancarse

de la cabeza aquella horrible visión: Carola muerta. No era Carola, pero el significado del acto era el mismo para Pietro. Con tal de averiguar algo se hubiera dado de cabeza incluso contra las paredes del infierno.

El policía le revisó el permiso.

—Pase, pero no encontrará nada.

—Lo sé.

Otro policía que estaba siempre de servicio allí le indicó las distintas piezas de la casa: la biblioteca, el despacho, la sala de música, el comedor, la cocina, la sala de billar, la habitación llena de espejos donde seguramente se cambiaban de ropa las amiguitas… Buena vida para el multimillonario que había estafado a media Italia con sus sociedades fantasmas. Lástima que no pudiera volver para desnudarse él también ante los espejos. Para quitarse sus vendajes de momia.

El policía indicó:

—Los documentos importantes nos los hemos llevado todos. En especial los libros de contabilidad. Lo que queda aquí son cosas sin importancia.

—¿Y la servidumbre?

—Se han largado. ¿De quién quiere que cobren? Todos tienen ya unos empleos pistonudos en otras villas de la periferia de Roma.

—Lo entiendo.

—¿Quiere que le acompañe?

—No, gracias. El inspector Pavoni me ha dado carta blanca.

Durante todo el día estuvo revisando detalle tras detalle, papel tras papel, sin acordarse ni de comer. Estaba anocheciendo ya cuando descubrió una de aquellas «cosas sin importancia». Era un simple recibo. La cuenta de un dentista.

DOCTORE RAFAELLO PARVO
VÍA ENMANUELLE, 16
POR DOS PRÓTESIS DE ORO PRIMERA
CALIDAD. MATERIAL, TRABAJO, MOLDES Y AJUSTE…
50 000
LIRAS.

RECIBÍ.

Y debajo una firma.

Nada de importancia, en resumen.

Una tontería.

Pero Pietro se acordó perfectamente de la dirección y dejó la nota en su sitio. Aquella noche pasó un par de veces por delante de la casa donde vivía el dentista.

VISITAS DE 9 A 12

La placa estaba muy clara en la puerta. Si quería conocerle e interrogarle tendría que hacerlo sin llamar la atención, pasando por un cliente cualquiera. Lo mejor, pues, sería que volviera a las horas normales de visita, a la mañana siguiente.

Y lo hizo. Se presentó diez minutos antes de la hora anunciada para la consulta. Llamó a la puerta.

Pero no hizo falta.

La puerta estaba abierta.

Un poco más allá se oían llantos, gemidos… Parecía como si toda la elegante casa se hubiera poblado de fantasmas. Pietro atravesó una sala, un pasillo, un cuarto con dos sillones de dentista, un…

Vio las facciones desencajadas.

Las bocas ansiosas.

Los ojos que reflejaban horror.

—¿Quién es usted? —bisbiseó la enfermera.

Pietro mintió:

—Policía.

Sus dientes produjeron un crujido cuando se acercó al cadáver. Quizá nunca había visto cosa igual. El torno que empleaban los dentistas para eliminar las caries, y que penetra igual que un taladro en cualquier superficie, había sido empleado con singular maestría y con insuperable crueldad. Una mano implacable había «trabajado» con aquello en una de las sienes del dentista El resultado era que el cerebro estaba perforado. Unas macabras salpicaduras de sangre que ya se había coagulado llenaban la

habitación entera.

La enfermera bisbiseó:

—Hace diez minutos que he entrado a trabajar y me disponía a preparar los instrumentos como todas las mañanas. Él estaba ahí… Yo… yo…

No podía hablar. Cayó de rodillas. Pietro la sacó de allí mientras sentía que en torno a él también vacilaba lodo.

—¿El teléfono?

No pudieron ni señalárselo. Lo vio sobre una mesa de despacho y disco el número de Pavoni. El maldito de Pavoni se había reconciliado con su mujer y aún estaba en la cama. Por una vez cada seis meses que se reconciliaba, aquella llamada fue lo que se dice la mar de oportuna.

Cuando llegó, tenía los ojos casi desencajados.

Pero se le salieron materialmente de las órbitas al ver al muerto. Su enorme experiencia no le sirvió. Tuvo que salir fuera de la sala mientras contenía unas maldiciones que hubieran hecho enrojecer a un camionero del Trastevere.

Pietro musitó:

—Creo que tuve la culpa.

—¿La culpa de qué?

—Anoche pasé dos veces por delante de esta casa. El asesino debió verme y se dio cuenta de lo que yo sospechaba. No ha dejado de vigilarme ni un minuto. Fue como si adivinara mis pensamientos: ese dentista tenía que saber algo.

—¿Algo? ¿De qué…?

—No tengo idea. Si lo supiera, como en el caso de los sacos de arena, ya lo tendría resuelto todo, Pavoni. Casi todo. Pero no lo sé. Sólo pienso que ese hombre conocía algo muy importante, y que ese algo muy importante estaba relacionado con su oficio.

—¿Qué fue lo que te impulsó a venir aquí, Amalfi?

—La factura.

Se la mostró. Había obtenido una copia. Pavoni la miró y la remiró como si pensara que aquélla era una alucinación. Al final la devolvió con una mueca que indicaba que no había entendido nada absolutamente.

—Bueno… Unas prótesis. ¿Y qué?

—No lo sé… ¡Dios santo, si lo supiera sería todo distinto!

—Hasta, bien mirado, esto es lo más lógico que puede existir en el mundo.

—¿Por qué razón?

—Nicola Guarnieri llevaba dos muelas de oro. Sin duda son ésas. Las pagó y en paz. Nada más razonable.

Pietro hizo una mueca.

—Entonces, el hombre que mató a Guarnieri, ¿por qué ha matado también a ese pobre dentista? ¿Qué sabía él?

—Me temo que nada. A veces pienso que todo es obra de un loco. Que las cosas que nos parecen muy bien calculadas, son fruto del azar. Ese monstruo asesta sus golpes y ya está. Sale lo que sale. Nos parece que detrás de todo esto hay un plan y en realidad se trata de un sádico que sólo mata por hacer daño.

El periodista movió la cabeza, negando lentamente.

—No, Pavoni —dijo—. No.

—¿Pues qué piensa?

—Aquí hay un plan trazado hasta en sus menores detalles. Se equivocó en lo de Carola a causa del cambio en los vestidos, pero ése fue verdaderamente su único error, un error que además demuestra que ese asesino siempre cumple sus amenazas. En lo demás, no se ha equivocado en nada. Ha sido implacable, y nunca ha fallado un golpe.

Pavoni había telefoneado ya y la casa se estaba llenando de agentes, de expertos en huellas, de ayudantes del forense. Una cosa estaba clara, y era que la víctima conocía al asesino. Incluso antes de las horas de visita, le había abierto sin recelo ninguno.

Pavoni balbució:

—¿Pero qué infiernos quería silenciar? ¿Qué era?

—No me pregunte, Pavoni. Voy a volverme loco.

—Pues vuelva locos también a sus lectores. Escriba algo. A lo mejor, mientras escribe, le viene la idea salvadora.

—Quizá tenga razón. Voy a hacerlo.

Se fue al periódico. Todo daba vueltas en torno suyo cuando entró en la redacción. Aquella noche no había dormido y tenía la sensación de que no iba a poder dormir nunca más. La figura del director le pareció borrosa. La sustituta de Luisa, una bonita muchacha siciliana que empezaba, se movía a los ojos de Pietro como un vaporoso fantasma. Nada era verdad. El mundo entero

giraba de una manera loca.

—Amalfi —dijo el director—. ¿Alguna noticia importante?

—Aún no lo sé, pero voy a intentar escribir todo lo que he visto. Hay momentos en que me parece un relato de horror, otros una pesadilla y otros una inmensa broma. Lo que más siento es que quizá los lectores no lo digieran del todo. Algunos se negarán a creerlo.

—Tú escríbelo. Yo ya me encargaré de repasar lo que haga falta. Muchachos, no molestéis a nuestro fantasma particular. Tú, Giulietta, no le enseñes las piernas.

La siciliana se bajó maquinalmente la falda por debajo de la mesa.

Amalfi escribió y escribió. Estuvo haciéndolo hasta casi media tarde. Fue una historia borrosa, confusa, en la que nada ligaba. La rompió y volvió a empezar dos veces. Sus sienes zumbaban y su camisa estaba llena de manchas de café cuando por fin consiguió poner en orden algo que tuviera sentido. Pero tenía sentido para él. Estaba seguro de que el lector no se lo encontraría.

El director le esperaba pacientemente.

—Ya no llega a la edición normal, Pietro. Nosotros escribimos un periódico de la tarde, no de la mañana siguiente. A veces pienso que te has olvidado de ese detalle sin importancia.

—Perdone, señor. Tenía que hacerlo a mi modo.

—No te preocupes; haré un cambio. Quitaré una teja de la rotativa, la de la primera plana, y pondré otra nueva con tu artículo. Total, en la que tire habrá unas discusiones interminables sobre las tarifas agrícolas del Mercado Común. Basura.

Miró las cuartillas.

—Ahora el papel tiene un satinado muy malo —dijo—. Los fabricantes no se preocupan porque saben que la producción está vendida. En fin, no sé por qué digo esto… Ah, sí, porque en la rotativa se nos han roto bastantes veces las bobinas… ¿Pero qué te pasa, Pietro? ¿Por qué pones esa cara?

En efecto, los ojos de Amalfi brillaban de una forma extraña. Sus facciones habían enrojecido. Sus manos sujetaban con fuerza el borde de la mesa.

—El papel… —susurró—, el papel de peor calidad…

—Sí. Es un defecto general en estos últimos tiempos. La gente

quizá no lo note, pero todos los que trabajamos con el papel cada día, nos damos cuenta. En fin, no tiene importancia. Oye… Alegra esa cara, hombre.

Pietro tabaleó con los dedos sobre la mesa.

Balbució:

—Supongamos que hace años… un profesional con dinero hubiera usado un papel malo.

—¿Usarlo? ¿Para qué?

—Por ejemplo, para una factura.

—No me parecería normal. Las facturas se las hubieran hecho con papel de primera calidad. Es ahora cuando, a veces, si tienes prisa para que te entreguen el trabajo, no puedes elegir. En las imprentas no disponen de demasiada variedad. ¿Pero a qué viene todo esto?

—A una cosa quizá sin sentido —balbució Amalfi, mientras sus nervios vibraban—. Un profesional rico, ¿podría verse obligado a usar papel deficiente precisamente ahora, en estos tiempos?

—Hombre, eso sí. ¿Pero por qué…?

Los nudillos de Pietro Amalfi crujieron.

No necesitaba saber más.

Salió de allí con la pesadilla metida en el cerebro. Con un pedazo de muerte a cuestas.

Sintiendo sobre sus hombros el peso de su propio fantasma.

# Capítulo XIV

## UN DETALLE CON SANGRE

Estaba oscureciendo de nuevo cuando Amalfi salió. Como había tenido que devolver el «Ferrari» y encima pagar las reparaciones, estaba sin coche otra vez. Tomó un taxi mientras indicaba:

—Déjeme en Piazza Caporetto.

Piazza Caporetto está cerca de Vía Emmanuelle. Amalfi no quería ir directamente hasta allí. Se apeó, se metió en una «Trattoria» y bebió dos cervezas seguidas. Sus ojos estaban fijos en un punto imprecisable del aire. La idea zumbaba y zumbaba cada vez más, como una obsesión.

Atravesó la plaza, se metió en una calle secundaria y en otra «Trattoria». Allí tomó un bocado. Tenía el estómago vacío desde muchas horas antes y le empezaban a flaquear las piernas.

Miró su reloj.

Demasiado pronto aún.

Tenía que esperar a que la calle estuviera completamente solitaria para atreverse a hacer lo que haría.

Desde el propio bar llamó a Carola. Ella estaba viviendo en otra pensión. Su voz temerosa llenó el aire de un deje patético.

—Pietro, tengo miedo…

—¿Alguien te vigila?

—Un policía no se mueve de la calle, pero tengo la horrible sensación de que eso no significa ninguna seguridad. El propio policía podría ser el asesino disfrazado. Podría ser el hombre que mató a mi amiga…

—Creo que no debes preocuparte —dijo él con voz tranquila.

—¿Por qué?

—No te vigila a ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Me vigila a mí.

Notó una especie de gemido de sorpresa a través del cable.

—¿Qué dices, Pietro? ¿Estás seguro?

—Sí. Desde el primer momento él sabe que soy la única persona que puede atar cabos, el único que puede dar con el hilo suelto. Ese hilo, al principio, era sólo uno, pero ahora son dos. Ni yo mismo puedo explicarlo, pero sé que son dos los caminos que puedo seguir. El de los sacos caídos del aire lo seguí y me condujo a la muerte. Ahora hay otro. El de una factura. Quizá no signifique nada, pero el asesino sabe muy bien que es un cabo suelto. Y me está vigilando.

—Pero, Pietro… Entonces… Entonces…

La voz de Carola temblaba. Se notaba que estaba a punto de llorar.

—Debo arriesgarme, Carola. No tengo otro remedio.

—Por Dios, llama a la policía…

—Me temo que no serviría de nada. La pista que tengo es tan endeble que los hombres como Pavoni, al querer seguirla, la podrían romper. Debo hacerlo yo solo. Estoy casi convencido de que me equivoco, pero quiero intentarlo. Debo buscar en un sitio y debo hacerlo solo.

Colgó.

Le pareció haber oído el último gemido más allá del cable.

Sus ojos se entrecerraron con un brillo de angustia. Ahora Carola ya estaba avisada. Ahora Carola ya sabía dónde iba a ir.

Por el hecho de ser una casa de vecinos, la finca dónde había vivido el doctor Raffaello Parvo no estaba vigilada. Desde que se habían llevado el cadáver, por la mañana, la tranquila calle había recobrado su aspecto normal. Quizá entre los coches estacionados había algún policía, pero también podía estar el asesino. Pietro Amalfi prefirió no mirar. Prefirió no pensar siquiera.

En la cárcel se aprenden algunas cosas útiles, y una de ellas es saber improvisar una ganzúa con cualquier cosa y saber forzar cualquier cerradura hasta con un cortaplumas. La cerradura de la puerta de la calle, además, no era de seguridad. Se abrió fácilmente después de un trabajo de apenas medio minuto.

Pietro avanzó hacia el ascensor.

Silencio.

Hasta el propio aire que respiraba parecía haberse vuelto viscoso.

Entró en el ascensor y permaneció en él a oscuras un buen rato. Desde allí veía la puerta y en cambio no le veían a él. Podía vigilar entre las tinieblas sin ser vigilado por nadie.

Un frío sudor se pegaba a su cuello.

A sus párpados.

Estaba seguro de que el asesino vendría tras él. De que le vería atravesar aquella puerta.

Y entonces…

Pero nada.

El silencio era agobiante.

Parecía como si en aquella casa jamás hubiera habitado un ser vivo.

Pietro pensó que se había equivocado. Nadie le seguía. Sin encender la luz, pulsó el botón del sexto piso.

Subió a oscuras. Cada rellano era como una mancha siniestra que se deslizaba ante sus ojos.

Sexto piso.

Tinieblas.

Un silencio agobiante que llegaba a pesar en la garganta.

Por descontado que el asesino podía estarle aguardando allí, porque él había contado con que llegara después, pero quizá había llegado antes. Sólo al moverse, Amalfi sintió ya como si las sombras saltaran hacia él. No se atrevió a encender la luz de la escalera.

Vio la puerta.

Todo estaba quieto allí. Era igual que entrar en una tumba. Empezó a trabajar con su cortaplumas.

¡CHASK!

La cerradura cedió.

Pietro empujó con lentitud exasperante, con una lentitud de reptil que escruta las tinieblas.

Y avanzó al fin.

Estaba seguro de que allí iba a encontrar el detalle, el detalle sin importancia pero que estaba marcado con sangre.

# Capítulo XV

## LOS LISTOS VAN AL INFIERNO

Conocía un poco la casa por lo que había visto aquella mañana, de modo que se orientó. La luz nocturna que penetraba a través de las ventanas le ayudó también. Pudo plantarse en lo que había sido el despacho del muerto.

Una vez allí empleó una pequeña linterna, apenas mayor que un lápiz, de la que siempre iba provisto. Sus ojos y sus dedos recorrieron los ficheros uno tras otro. Expedientes, cifras, datos…

Radiografías de clientes. Aquello podía ser importante.

«Nicola Guarnieri».

La encontró fácilmente. Allí estaban las dos prótesis dentales que coincidían exactamente con las del hombre que salió despedido desde lo más alto del rascacielos de Vía Lombardi. Por lo tanto, todo seguía siendo perfecto y seguía sin surgir ninguna anormalidad. Pietro Amalfi empezó a pensar con desaliento que allí no encontraría nada.

El pequeño cono de luz giró.

Otra sección.

Los talonarios de facturas.

Y aquí sí que notó el detalle. Los talonarios viejos, es decir sus matrices, eran de excelente papel. En cambio los dos últimos, quizá debido a las dificultades que había apuntado el director de Giornale Sera, eran algo más defectuosos. Un experto como él podía notarlo.

Y aquí estaba el detalle revelador.

Lo único que no encajaba en aquel laberinto donde todas las cosas encajaban sin realmente encajar ninguna.

Los dedos de Amalfi temblaron.

Si Nicola Guarnieri se había hecho los arreglos en su boca un par de años antes al menos, la factura hubiera debido ser extendida en papel de primera clase, como correspondía a los talonarios antiguos. En cambio, la que apareció en su casa no llevaba fecha, pero estaba extendida en papel de calidad algo más baja, como correspondía a los talonarios nuevos.

Por lo tanto, ¿le había hecho el arreglo y le había pasado la factura años después?

¿Era eso?

Más que posible, desde luego. Y, por lo tanto, Pietro se puso a buscar entre los talonarios antiguos, revisando las matrices de una a una. Fue una labor paciente y que le destrozó los nervios, pero sus esfuerzos fueron recompensados al fin. Con fecha de dos años antes, en una matriz antigua, apareció la referencia a la factura presentada a Nicola Guarnieri. Y el papel era de primera clase.

Por lo tanto existían dos facturas por el mismo trabajo.

Las dos a nombre de Guarnieri.

Los dedos de Pietro volvieron a temblar.

¿Eso significaba que el dentista había facturado dos veces su trabajo… o que Guarnieri había pagado de nuevo un trabajo idéntico al que le hicieron a él, PERO REALIZADO EN OTRA PERSONA?

Los músculos del joven se pusieron tensos. En sus nervios hubo una misteriosa vibración. Fue a guardar aquellos sencillos documentos que podían cambiarlo todo, que podían arrojar un rayo de luz donde hasta entonces sólo habían existido tinieblas.

Y entonces la voz dijo quedamente a su espalda:

—No debiste haber sido tan listo, amigo. Los listos van al infierno.

Pietro hizo girar el cono de luz.

La voz había sido metálica, cansada.

Arrastraba las sílabas.

Por teléfono no cambiaba gran cosa. La voz del asesino la hubiera reconocido entre cien.

Lo tenía a su espalda.

Oyó la risita suave y lenta. Oyó el chasquido de la pistola al ser montada.

Oyó en sus propios nervios el crujido que producía la sensación de la muerte.

# Capítulo XVI

## SALUDOS PARA EL DIFUNTO

El pequeño cono de luz había girado. Pietro sabía que no tenía ningún arma. Con una confianza suicida en sí mismo, con la sensación de que sus puños podían resolverlo todo, se había metido en la ratonera sin tomar ninguna precaución. Se enfrentaba atado de pies y manos a la muerte, sin poder hacer nada.

Pero no sintió miedo.

Sólo un frío odio.

Y hasta una alegría salvaje.

Porque era el único que había llegado hasta el fin. El único que había dado en el clavo. El único que podría luchar aunque sus posibilidades de victoria resultasen prácticamente nulas.

El cono de luz subió por unos pantalones bien cortados.

Unos zapatos finos y perfectos.

Una americana de gran clase.

Una «Browning» de nueve corto que ya estaba montada y lista para disparar en una mano bien enguantada.

Una corbata de seda natural.

Y una cara quieta y tranquila, la quieta, serena y al mismo tiempo estremecedora cara de una esfinge.

No pudo evitar un gemido de sorpresa y de horror a la vez, aunque había estado esperando aquello.

Porque aquella cara la conocía bien.

Era la del hombre que había visto saltar por la ventana desde treinta pisos de altura, para luego deshacerse entre las llamas de un descapotable estacionado junto a la acera, y en el que una pobre

mujer se quemaría viva.

Sí, era aquella cara.

O al menos una tan parecida que nadie hubiera podido mejorarla.

Sólo el propio Nicola Guarnieri.

Sólo el hombre que había muerto.

La voz preguntó entonces suavemente, siempre con aquel leve matiz burlón:

—Lo siento por ti, Amalfi. En el fondo has sido el único inteligente y contigo quizá se hubiera podido trabajar, pero ahora ya es tarde. Sólo siento curiosidad por una cosa: ¿qué fue lo que te hizo sospechar en primer lugar? ¿Cuál fue el primer detalle que, según tú, no encajaba?

—Los sacos de arena lanzados desde la altura —musitó él—. Ya no sirve de nada ocultar las cosas. Lo primero que me llamó la atención fueron los sacos de arena lanzados desde el piso de Granzi, y que tenían exactamente el mismo peso que tu cadáver.

—Era necesario —dijo Guarnieri con voz opaca—. Absolutamente necesario.

—¿Para qué?

—Para saber con absoluta exactitud la parábola que describiría el cuerpo al caer. Necesitábamos saber el punto preciso en que se desplomaría.

—¿Para que cayera justamente sobre el descapotable?

—Sí.

—¿El descapotable en el que iría tu propia hermana?

—Sí.

La voz había sido seca, dura, cortante.

—¿Por qué la hiciste matar de ese modo, hijo de perra? ¿Por qué ella también? Realmente, ¿por qué?

—Era necesario.

—¿De veras?

—Mi hermana hubiera podido identificarme más adelante. Era mi única familia. Bueno, la verdad es que no nos hacíamos demasiado caso. Para mí como si fuera una extraña. No aprobó jamás mis métodos para hacer dinero, pese a que hubiera podido participar en los negocios. Era la mujer más estúpida de Roma. Con la vida que llevaba, tampoco perdió gran cosa.

Aquel cinismo, aquella especie de tono burlón con que lo narraba, deshicieron los nervios de Pietro. Pero no podía moverse, no podía saltar… La «Browning» le estaba apuntando. Con voz tan firme como si estuvieran en una conversación trivial murmuró:

—Era necesario que el coche se incendiara en el momento preciso, ¿no? ¿Fue el mismo tipo que había secuestrado a tu hermana el que lo hizo?

—Sí. Desde poca distancia. Le pidió que estuviera quieta allí porque yo bajaría enseguida a hablar con ella. Mi hermana no tenía razones para desconfiar y esperó. Mi cómplice vigilaba la caída. En el momento preciso hizo estallar por radio la carga explosiva que estaba dentro del mismo coche.

—Y así no habría duda de que el propio Nicola Guarnieri había caído y había muerto. Para más detalles, su hermana le estaba esperando abajo… La explosión y el incendio no permitirían identificar nada excepto los anillos que habías puesto tú mismo al pobre tipo que se parecía a ti, y las prótesis dentales. Porque tú trajiste aquí a ese pobre tipo para que le arrancaran dos muelas y se las pusieran de oro exactamente en los mismos sitios que a ti. ¿Cómo conseguiste eso? ¿Pagándole mucho dinero?

—Sí. Me costó muchísimo trabajo encontrar a un hombre que se pareciera extraordinariamente a mí al primer golpe de vista y que estuviese dispuesto a obedecerme en todo a cambio de un buen sueldo, pero, una vez lo tenía, no iba a ceder. Le hice arrancar dos muelas y cambiarlas por otras de oro. Él no sospechó por qué. En realidad le dije que iba a producir una película y que él interpretaría un gran papel, pero necesitaba ese detalle. Lo creyó, el muy idiota.

—Y el dentista pasó factura a tu nombre. Una segunda factura, porque la primera correspondía al trabajo hecho en ti mismo, ¿no, Guarnieri? ¿Y por qué no la destruiste? ¿Por qué dejaste tras tuyo ese detalle comprometedor?

—Fui mi único error, pero verdaderamente no creí que me comprometiera. ¿Quién iba a fijarse en un papel sin importancia y que correspondía a un trabajo que me habían hecho a mí mismo? Sólo un tipo como tú, y por eso hubiera debido eliminarte antes. Pero nunca es tarde… El trabajo perfecto que planteé aún puede terminar…

—Lo sé —dijo Amalfi con voz extrañamente helada—, pero hay algo que aún quiero saber antes de morir. Simple curiosidad de tío con un pie en el infierno… ¿Por qué te «mataron» delante de testigos? ¿Por qué nada menos que en el despacho del fiscal Granzi, el cual te había citado además a aquella hora?

—Je, je… Ahí estaba lo perfecto del plan. Nadie debía extrañarse de que yo estuviera en el despacho del fiscal, puesto que él mismo me había llamado. Las cintas magnetofónicas lo probarían. También te había llamado a ti, un periodista muy leído, y tú y el fiscal veríais «mi» muerte. Un defenestramiento espectacular de un tipo igual que yo y que además daba todos los datos en la autopsia. Un periodista y el propio fiscal… ¿qué mejores testigos podía soñar? Pero la cosa no fue tan sencilla. Casualmente, por una de esas circunstancias que no se pueden prever, alguien había asesinado momentos antes a Granzi, que tenía muchos enemigos. Por cierto, he buscado ya al hombre que lo hizo y le he dado el pasaporte. No quiero posibles enemigos a mis espaldas. Igual que el que defenestró a mi doble. Podía ser un testigo molesto que me pidiera más dinero cada vez… Era el único cómplice que me quedaba. Al otro lo liquidaste tú mismo cuando iba en el «132».

—De modo que todos han muerto…

—Sí. Sólo quedas tú.

—Y tú, Guarnieri.

—Je, je… Naturalmente que sí. Pero hay una diferencia y es ésta: yo voy a vivir. Yo soy más listo que todos, más listo que la policía, más inteligente que Italia entera. Granzi estaba de mi lado, ¿sabes? Él comprendía mi singular inteligencia. Iba a permitir que me «mataran» delante de él. Iba a testificar mi defunción. Iba a declarar en bancarrota mis empresas e intervenir el dinero que se hallara, pero como no se hallaría ninguno… Yo todo lo tenía en el extranjero a buen recaudo. Mis sociedades y mis negocios habían llegado al tope de sus posibilidades de maniobra. Ya no podía seguir más tiempo así sin ir a la cárcel. Pero con el dinero más allá de las fronteras y con mi cadáver cinco palmos bajo tierra… ¿quién iba a perseguirme? Todo era perfecto, detallado, completo… Sólo me falló Granzi al morir, pero éste era un detalle sin demasiada importancia porque tú viste igualmente el crimen. Tú no podías fallarme. Pero me fallaste. Fuiste demasiado listo. Y esas cosas se

pagan, muchacho…

Lanzó otra risita.

Y apretó el gatillo.

La pistola iba provista de silenciador y no produjo el menor ruido. Guarnieri había contado con todo excepto con una cosa: Pietro tenía una linterna pequeña y potente. Aquélla era la única luz.

Se dio cuenta de su error cuando aquella luz le dio de lleno en los ojos, deslumbrándole. Cuando le impidió ver a un paso.

Y cuando Pietro saltó de costado con la velocidad de un gamo.

La bala se empotró inútilmente en la pared. Guarnieri disparó otra vez, pero contra un enemigo al que ahora no veía.

El segundo proyectil también falló.

Lanzó un leve grito.

Odio, desengaño, rencor… Los sentimientos más encontrados se mezclaron en su corazón y en su garganta. Volvió a gritar. No pudo ver el pie que propinaba un salvaje golpe a la pistola.

Él no era un luchador acostumbrado a aquellos impactos. El arma resbaló de entre sus dedos. Gritó otra vez, esta vez con más fuerza.

Algo le dominaba por primera vez en su vida.

El miedo.

El saber que podía perder.

El miedo a la muerte…

Saltó hacia la pared, pero sin ver nada. Su silueta resbaló. No se dio cuenta de que sus ropas negras destacaban bastante en la pared blanca, aunque apenas hubiera un rayo de luz.

Pero Pietro le vio bastante bien. Le descargó en el bajo vientre un salvaje golpe. En la cárcel uno aprende también a dejar a un tío sin habla. El alarido de Guarnieri hizo temblar la habitación entera.

Intentó recuperar su arma.

Lanzó otro gemido.

Un grito.

Gateaba desesperadamente mientras sus manos palpaban el suelo en busca de la «Browning». No se pudo dar cuenta de que Pietro Amalfi estaba tras él. Tampoco llegó captar el chirrido de aquellos dientes que vibraban de odio.

El golpe en las costillas le hizo saltar. Vaciló mientras el dolor le

subía en oleadas hasta el cerebro. Sus manos abiertas tantearon el vacío.

El vacío…

El vacío…

No se dio cuenta de que iba hacia la ventana después del terrible empujón de Amalfi. No llegó a sentir más que vagamente el atroz choque de su cuerpo contra los cristales. Sólo se dio cuenta de que el mundo entero daba vueltas, vueltas, vueltas…

El aullido estremecedor rompió la magia de la noche romana.

Seis pisos no son treinta, claro.

Pero bastan para deshacer a un hombre. Bastan para volver al revés hasta los últimos huesos del esqueleto.

El cuerpo de Nicola Guarnieri se estrelló contra las baldosas. Esta vez sí. Su sangre bañó la calle. Su grito de muerte rasgó el aire.

Esta vez sí.

Pietro Amalfi jadeó con angustia. Todo había sido tan rápido que casi no se daba cuenta de lo sucedido. Miró desde arriba mientras el universo entero parecía ponerse a dar vueltas también para él.

—Siento que no haya sido completo —dijo—. No hay ningún descapotable abajo.

Y fue hacia el teléfono.

Necesitaba llamar a mucha gente.

Al inspector Pavoni.

Al director del diario.

A Carola. Sobre todo a Carola.

Y empezó por ella. Tenía que hacerlo. Sus nervios, sus pensamientos, sus anhelos le llevaban hacia la muchacha.

Ella musitó con voz alterada:

—¡Pietro!

—Tienes que venir a salvarme —jadeó él.

—¿A salvarte?

—Sí. Y con urgencia. ¡Enseguida! ¡Corre!

—Lo… lo haré. Pietro. Lo que tú digas. ¿Pero de qué tengo que salvarte? ¿Por qué lo quieres con tanta prisa?

—¿Y lo preguntas? —bisbiseó él—. ¡Pues por la razón más sencilla del mundo! ¡PORQUE ESTOY EN CASA DEL DENTISTA!

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.